

LA MONTAÑA

à VEJARDE

CIRCULO DE RECREO
DE
SANTANDER
BIBLIOTECA



Gutiérrez



LA MONTAÑA



REVISTA SEMANAL DE LA COLONIA MONTAÑESA.

Acogido á la franquicia postal é inscripto como correspondencia de 2ª clase en la Oficina de Correos de la Habana

DIRECTOR: J. M. FUENTEVILLA	PRECIOS DE SUSCRIPCION:	OFICINAS Y ADMINISTRACION:	
	EN LA HABANA, UN MES.....	50 Cts.	AMARGURA 44
	INTERIOR, UN MES.....	60 Cts.	TELEFONO A-8720

AÑO I

HABANA 29 DE ABRIL DE 1916

NUM. 18

ACTO DE PRESENCIA



LLI donde haya de rendirse un homenaje, dedicarse un recuerdo o tributarse una alabanza a un hijo ilustre de nuestra amada Montaña, no será jamás indiscreta la presencia de los que por obligaciones y mandatos de la suerte, tengan sobre sí el honor y la responsabilidad de alguna representación popular en este bendecido suelo, patria de tantos esclarecidos hombres de las Armas, de las Ciencias y de las Artes.

No pienso, pues, que sea inoportuna mi concurrencia espiritual a la manifestación de patriotismo que esa Revista ha organizado a la memoria del caudillo popular del Dos de Mayo, de cuyo solar nativo se yerguen todavía los venerables muros casi en las lindes del término de Santander.

Ténganme por presente los que a tal acto concurren con flores de su ingenio, que, nacidas al calor del amor a España, han de tener todas hermosa lozanía. Con su ofrenda estará sin duda el alma montañesa.

V. GOMEZ COLLANTES,

Santander, Mayo de 1916.

Alcalde de Santander



VELARDE

II

En muy pocas palabras traza la Historia la de este ilustre soldado de la independencia española: uniendo su nombre al del ínclito mártir de la misma causa, *Daoíz*, bajo la fecha inmortal del *Dos de Mayo*, ha hecho de ellos un glorioso emblema que admiran los pueblos y aceptarán las edades como preclaro blasón de la lealtad castellana. Pero nosotros que carecemos de la autoridad de la Historia, y que no escribimos como ella para la posteridad, sino para aquellos de nuestros paisanos que ignoran que lo son de *Velarde*, vamos a añadir algunos detalles, aunque pocos, si bien verídicos, a las breves palabras de aquella.

Don Pedro Velarde y Santiyán, fué el mayor de los tres hijos varones que tuvieron en su matrimonio don José Velarde Herrera y doña Luisa Santiyán, montañeses ambos y pertenecientes a dos familias distinguidas. Nació el 19 de Octubre de 1779, y después de hacer en su propia casa de *Muriedas* los estudios preparatorios para la carrera de artillería, ingresó en el colegio de este real cuerpo en 1792 en compañía de su segundo hermano don Joaquín, que se preparó también en *Muriedas* al mismo tiempo que él.

Poco antes de marchar a Segovia plantaron los dos hermanos un pino cada uno, deseando encontrar ambos, al tornar un día al hogar paterno, un recuerdo vivo de sus primeros y más felices años. El pino de don Joaquín se secó a poco

tiempo de plantado. El de D. Pedro vive aún y es el mismo que hemos citado más atrás. He aquí un hecho que, más que por la casualidad, parece dispuesto por la Providencia.

En Enero de 1798 fué *don Pedro* nombrado brigadier de la compañía de cadetes, y en igual mes del año siguiente salió del colegio, ingresando en el cuerpo con el grado de subteniente.

En Julio de 1802 ascendió a teniente, en cuyo empleo permaneció hasta Abril de 1804, mes en que fué ascendido a capitán. Desde esta fecha hasta la que tan célebre hizo su nombre, nada de particular se encuentra en la vida de *Velarde*; en este período de su historia no se ve otra cosa que un militar subordinado, pundonoroso e inteligente: un buen soldado y nada más. Sin duda el destino se propuso enaltecer más el valor y la nobleza que atesoraba su corazón, haciéndolos brillar un solo día.

Amaneció el *Dos de Mayo*, "día de amarga recordación, de luto y desconsuelo", como dice *Toreno*; día de los más grandes y memorables que registró la historia de las naciones; epopeya sublime en que un puñado de leones lucha contra un rebaño de rencorosos tigres, cebados en la sangre de cien combates y ensoberbecidos con la gloria de otros tantos triunfos.

La Europa admira todavía el alzamiento del pueblo de Madrid contra las aguerridas legiones de Napoleón, porque hasta aquel día nadie se había atrevido a rebelarse contra el yugo opresor del genio de las batallas.



Portada de la casa solariega de Velarde, en Muriedas

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).



“... y más adelante el pueblo de Muriedas, a cuya entrada, sobre la izquierda del camino, levanta humilde sus pajizos muros la casa en la que nació don Pedro Velarde, el héroe montañés del Dos de Mayo, el 19 de octubre de 1779. Aquella ventana que se abre vulgar al extremo derecho de la solana, corresponde a la estancia en que el inmortal héroe, según la tradición, vino al mundo para renovar los laureles de los héroes de la Montaña en otras edades; y los ojos, llevados allí por imán irresistible, creen contemplar al glorioso oficial de artillería en su feliz infancia, tan ajeno de que su voz había de producir una epopeya!”

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

El mismo Chateaubriand que tantos motivos tenía para conocer a fondo cuanto a estos sucesos se refiere, asegura que en España se eclipsó la estrella feliz de Bonaparte. Nuestro glorioso *Dos de Mayo* demostró a las asombradas naciones que los soldados del conquistador no eran invulnerables, y que nada hay que subyugue a un pueblo parapetado detrás de su dignidad y de su patriotismo.

Los incendios de Moscou y otros sucesos análogos que amargaron en lo sucesivo las campañas del ambicioso guerrero fueron los frutos de la sangre generosa vertida por los españoles en las calles de Madrid, luchando por la independencia nacional.

Sabido es por demás, que desde el día 1º de Mayo circulaba por la capital la noticia de que Napoleón trataba de sustituir con la suya la dinastía reinante en España; noticia que también se hallaba consignada en un folleto procedente de la misma casa de Murat, jefe de las tropas francesas que, aunque con carácter conciliador y amistoso, ocupaban a Madrid. Esta proposición, por más que estuviese envuelta en artificiosas razones de conveniencia, fué recibida por el pueblo con terribles explosiones de indignación, sin que bastase a calmarlas la presencia de las bayonetas extranjeras. Cuando en la mañana del Dos se supo que la familia real se disponía a salir de Madrid, custodiada por tropas francesas, la efervescencia

popular fué solo comparable a los rugidos del león acosado en su guarida por un enemigo temerario. El sacro fuego de la independencia ardió rápido y devorador en todos los corazones y sólo se dió tregua a los gritos entusiastas de *¡Viva el Rey Fernando VII!* para oír otro lúgubre, fatídico, aterrador de *¡Mueran los franceses!*

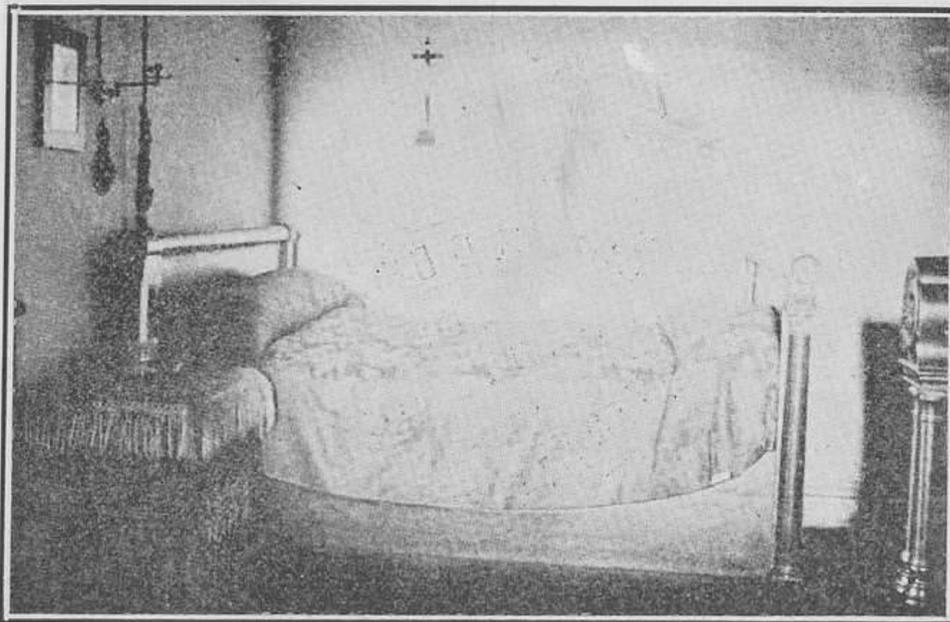
Entre tanto, el pueblo estaba desarmado y sólo contaba para impedir la salida de los Infantes con su valor y su patriotismo.

¿Cómo y dónde procurarse otras armas para llevar a cabo la atrevida empresa? De aquí la idea de acudir por ellas al Parque de Artillería.

Guardaban sus puertas soldados de Murat, y sólo se las franqueaban a los militares, confiados en que a éstos les había impedido el Gobierno unirse con el pueblo. El primero que penetró en el edificio fué el teniente de Artillería don Rafael de Arango, y como ya presumía el desenlace que iba a tener el sangriento drama que estaba preparándose, ocupóse con los pocos soldados españoles que hacían el servicio dentro del Parque en habilitar fusiles y otras armas. Poco tiempo después que Arango, llegaron los dos ínclitos capitanes *Daoíz* y *Velarde*, y mientras éstos deliberaron acerca de la situación en que se encontraban, fueron presentándose en el mismo punto, algunos otros oficiales, sargentos y soldados, componiendo

con los mencionados un total de veinticinco a treinta hombres.

Mientras ésto sucedía, el pueblo se agitaba a las puertas del Parque, cuidadosamente guardadas siempre por los franceses, y gritaba pidiendo armas. *Daoíz* y *Velarde*, que ardían en deseos de ponerse al frente de tan bravo paisanaje, luchaban aún por no infringir la orden que se les había dado de no unirse a él... pero ¿cuál era la procedencia de aquella orden? Un Gobierno débil y esclavo de su misma afrenta. ¿Qué pedía el pueblo? La dignidad del mismo Gobierno, la libertad de su Rey y la independencia de la patria. En corazones tan nobles y bizarros como los de aquellos dos capitanes, no podían menos de hacer honda mella estas consideraciones... Oyóse dentro del Parque un grito de ¡*Viva España!* y las puertas fueron abiertas inmediatamente por el mismo *Daoíz*, jefe por antigüedad de aquel grupo de valientes. El pueblo, después de desarmar a la guardia francesa, se precipitó dentro del Parque, y no se detuvo hasta la sala de armas, donde eligió



Habitación en que nació Velarde

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

las blancas con preferencia a las de fuego, “pues estas exigían tiempo para cargarlas, y no había mucho que perder”. ¡Reflexión sublime que prueba hasta qué extremo aquellos valientes prescindían de sí mismos, preocupados con la idea de salvar la dignidad de su patria! Provisto cada paisano de lo que más ambicionaba en aquellos momentos de afán, salieron todos en revuelto tropel, con ánimo de saciar su indignación cuanto antes, matando franceses. Pero *Velarde*, que conocía lo inútil y hasta lo perjudicial de tan desordenado ardimiento, trató de organizarlos un tanto, siendo vano su empeño, pues aunque corrió a cerrarles la puerta, sólo consiguió detener así unos ochenta hombres. Entretanto, la desarmada guardia francesa estaba prisionera y bajo la custodia de los soldados del Estado que había en el Parque.

Muy pronto se supo que se acercaba a éste un batallón enemigo. *Velarde* entonces distribuyó los ochenta paisanos en las ventanas y en los balcones del edificio, y *Daoíz* colocó una pieza de artillería frente a la puerta, que hizo cerrar. El primero, que lo inspeccionaba todo y acudía a todas partes, avisó al fin que los franceses llegaban a la puerta y se disponían a derribarla. Entonces resonó una descarga espantosa, y por todos los huecos del edificio salió el plomo mortífero que sembró el horror y el desaliento en el batallón francés, parte del cual quedó por tierra, huyendo el resto despavorido.

Reunidos luego, y a más larga distancia, los dispersos soldados volvieron a hostilizar el Parque, obligando a sus defensores a salir a la calle a resistirlos a cuerpo descubierto.

Más de una hora duró este desigual combate, sostenido a fuerza de valor por los sitiados, a quienes prestaba cada vez más entusiasmo el noble arrojo y las acertadas disposiciones de *Daoíz* y *Velarde* que peleaban siempre en primera fila, logrando al cabo estos pocos hombres rechazar las centuplicadas fuerzas francesas.

Empezaban los vencedores a darse apenas cuenta de su triunfo, cuando otro batallón se presentó en sustitución del derrotado. Cruzáronse muchos tiros entre los combatientes que produjeron no pocas bajas de ambas partes, hasta que, haciendo uso de la artillería, los del Parque rechazaron de nuevo a los franceses que dejaron esta vez multitud de armas, heridos y prisioneros en poder de los heroicos españoles.

Con tan pasmosas victorias sucedió lo que era de temer: Murat, que tenía su atención repartida en los diversos puntos de la capital donde el paisanaje hostigaba a sus soldados, la fijó toda entera en el Parque y se propuso apoderarse de él a todo trance, mandando al efecto una fuerza de ¡*Dos mil hombres!*

Los enemigos que esta enorme masa iba a combatir después de las pérdidas sufridas en las anteriores luchas, no llegaban a *sesenta*; pero *sesenta* hombres extenuados ya por el cansancio, fatigados por el trabajo y las emociones de tantas horas de incesante y mortífera pelea, *sesenta* hombres sin esperanza del más leve auxilio, solos en medio de la calle, sin otro parapeto que sus bravos pechos y el noble entusiasmo que los abrasaba... “Preciso es ser españoles, dice el valiente Arango, al referir estos sucesos en que tan activa parte tomó, para ser tan tenaces en no torcerse cuando marchan a la gloria!”

Una descarga cerrada al grito de ¡*Viva el Rey!* fué el saludo que dirigieron los del Parque a la compacta y formidable hueste de sus enemigos que apareció al extremo de la calle, marchando acompasada e imponente sobre ellos. A esta descarga siguieron otras varias, y todas producían bajas numerosas entre los franceses; pero éstos, sin cuidarse de ellas y sin disparar un solo tiro, continuaron avanzando impávidos y silenciosos con ánimo resuelto de vengarse más de cerca y con más seguro éxito. Ya la vanguardia se había echado a la cara los fusiles, sin conseguir siquiera que los denodados españoles retrocediesen una sola línea cuando un general se precipitó bajo las armas amenazadoras mandando a los soldados que las levantaran sin hacer fuego. Pero sus órdenes no fueron cumplidas fielmente; y algunos tiros se escaparon, uno de ellos con tan desdichado acierto, que hirió a *Velarde* en medio de su noble pecho.

Preciso es decirlo, aunque repugne a todo corazón hidalgo. Sin respeto a los laureles que honraban sus banderas, aquellos soldados las mancharon despojando con asquerosa avidez hasta de sus vestidos al cadáver de su heroica víctima, a la que sus bravos compañeros, temiendo nuevas profanaciones, condujeron después a lugar seguro, envuelta en el tosco lienzo de una tienda de campaña.

Mientras esto pasaba, el general francés se atrevió a reconvenir a *Daoíz* porque siendo jefe del Parque había dejado llegar los sucesos a tal extremo, “lo cual, dice Arango fué lo mismo que excitar y provocar la cólera del león. Tal pareció el ceñudo español, que aún tenía empuñado el sable, sin duda con el propósito de que victorioso o muerto no volviese a la vaina; y respondió acometiendo al general, que nada caballero ni magnánimo, no se contentó con parar el golpe, sino que permitió que cinco o seis de sus oficiales y soldados acribillaran a estocadas y bayonetazos a su nobilísimo adversario”.

Así murieron los dos primeros valientes de aquella em-

presa, insigne entre las más heróicas, sólo pasando sobre sus cadáveres lograron los soldados del usurpador de tronos conquistar... ¡un charco de sangre! ¡Sangre preciosa que, regando la noble tierra española, hizo brotar de ella los héroes de Bailén, Zaragoza y Gerona, cuyo esforzado aliento fué el primer soplo de la tempestad que llevó a morir sobre una miserable solitaria roca al que en su colosal ambición había soñado con el imperio del mundo!

III

Pocas veces los gobernantes de una nación han sido tan deferentes con los hijos que la han honrado, como los de España con *Daoíz* y *Velarde*. Tributando a sus restos cuantos homenajes puede inspirar el sentimiento patriótico más elevado, han llegado a hacer de los nombres de estos dos ilustres

giosa dedicada a las almas de aquellas, desfila la guarnición por delante del obelisco, tributando a los restos de los dos ilustres oficiales los honores de capitán general.

En 1812 acordaron las cortes de Cádiz que se diera a las hermanas solteras de *Velarde* una pensión de seis mil reales anuales, a su padre ciertos terrenos baldíos (este acuerdo no llegó a ponerse en ejecución) y que para su hijo menor don Julián, se señalase en el Colegio de Artillería una plaza gratuita, de la cual disfrutó.

Igualmente, por resolución de dichas Cortes, se pasa todavía a *Daoíz* y *Velarde* revista como presentes en el quinto regimiento de artillería. Cuando en este acto son llamados, contesta por ellos el sargento más antiguo, diciendo: —*Muertos en el campo del honor.*

En 1852, se concedieron a la familia de *Velarde* los títulos



Iglesia de Muriedas, donde *Velarde* recibió las aguas del bautismo

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

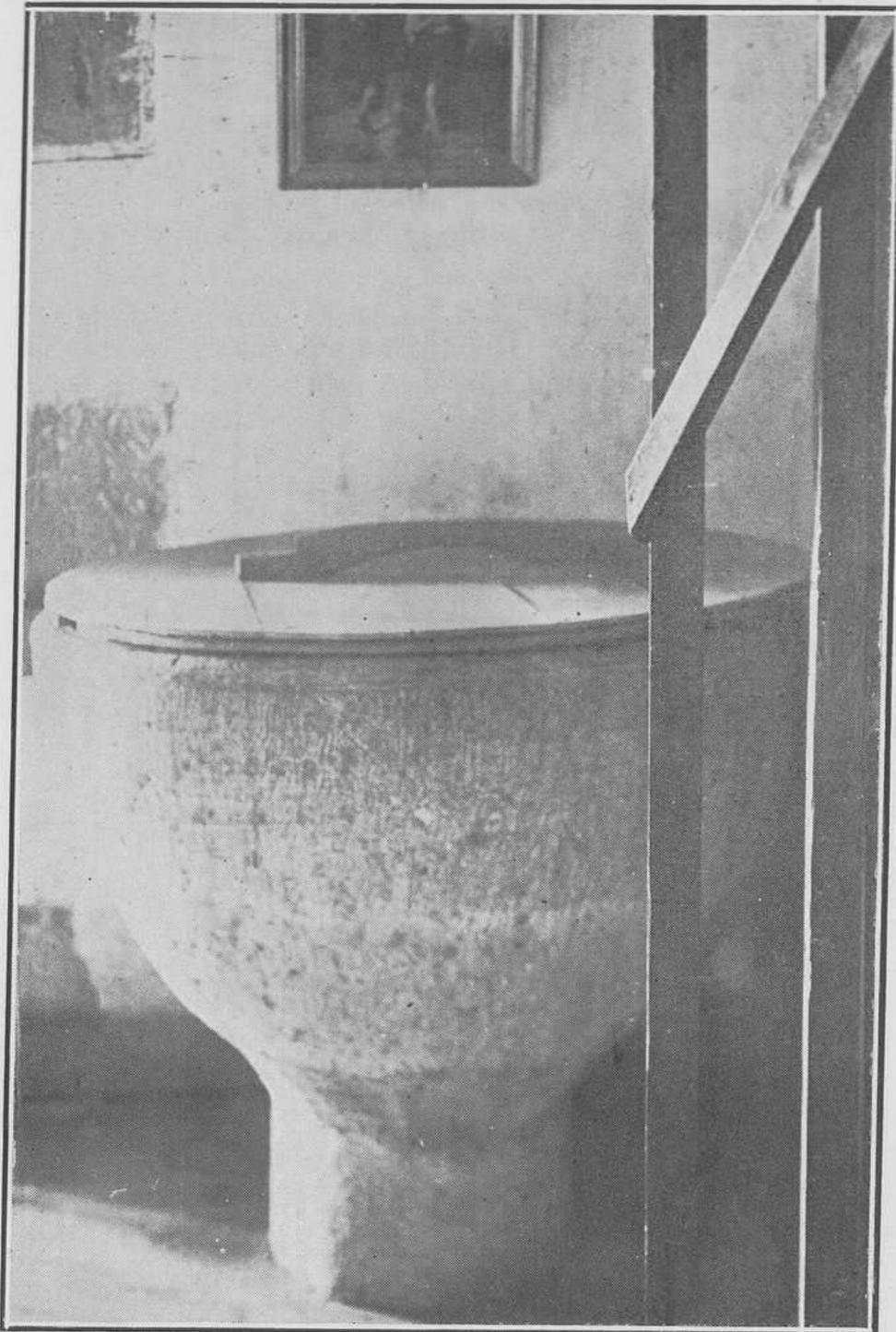
mártires casi una religión, y por eso no hay español, por ajeno que se le pueda creer al santo amor de la patria, que no oiga con respeto pronunciar a su lado cualquiera de aquellos dos ilustres apellidos, para los cuales siempre están abiertas las puertas del alcázar de nuestros monarcas.

Las cenizas de *Daoíz* y *Velarde* están depositadas en el obelisco del *Dos de Mayo*, levantado en Madrid en el Campo de la Lealtad en conmemoración de las víctimas de los sangrientos sucesos, parte de los cuales hemos referido. Todos los años, en igual día y después de una solemne función reli-

de Conde de *Velarde* y Vizconde del Dos de Mayo, títulos que recayeron en dicho hermano menor, don Julián.

Como sucesor inmediato de don Pedro, pasó su mayorazgo a don Joaquín, cuya viuda e hijos le disfrutaban hoy en Muriedas, en medio de un bienestar envidiable y de las consideraciones a que les hacen acreedores el ilustre nombre que llevan y las relevantes prendas morales que los adornan.

Privaríamos a estas breves y desarregladas líneas tal vez de su mayor interés, si no consignáramos, al concluir nuestra tarea, un hecho que bastará por sí solo a dar una idea del afec-



Pila bautismal de la Iglesia de Muriedas en la que
fué bautizado Velarde
(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

to que inspira cuanto al nombre de *Velarde* se refiere. Hallándose la Corte en Santander el verano de 1861, una hermosa tarde de Agosto se presentaron los entonces reyes de España, en Muriedas, de improviso y sin otro aparato ni escolta que sus servidores más inmediatos, deteniéndose ante la casa de *Velarde*, después de haber caminado a pié largo trecho sobre las asperezas de un rústico sendero inaccesible a los carruajes, por cuya razón hubo que dejarlos en la carretera. Y nótese que citamos estos detalles para que, conocido el severo ceremonial de la etiqueta regia, aparezca en toda su significación este acto.

La modesta familia salió al encuentro de los egregios visitantes, y bien pronto la sencilla, pero afectuosa acogida que estos les dispensaron, disipó en ella los naturales efectos de aquella visita tan inesperada como honrosa. Fué el primer deseo de la Reina pasar a la huerta para gozar mejor de la deliciosa temperatura de la tarde que comenzaba a declinar. Al fijarse en el pino que allí crece, y saber acerca de su procedencia lo que ya hemos referido a nuestros lectores, exclamó con acento conmovido, mirando la elevada copa del árbol plantado por *Velarde*: "*Más alta está su gloria*" palabras que no olvidará jamás la familia del héroe cuyo recuerdo las inspiró, pues el sitio y las circunstancias en que se pronunciaron, les prestan una solemnidad especial.

De la huerta pasaron los reyes a la casa en que nació don Pedro, deteniéndose con particular solicitud en la que fué su habitación durante muchos años.

Allí se enteraron minuciosamente del nombre, estado y profesión de cada uno de los hijos de la venerable viuda, a quien en más de una ocasión manifestaron que jamás habían pasado horas tan placenteras como aquellas.

Y era de admirar como la que ceñía a su frente una corona, envidiaba la paz y los tranquilos goces de una familia modesta, lejos del esplendor y el fausto de la corte. Jamás ha parecido más noble una reina que Isabel II en aquella ocasión bajo el humilde techo de un soldado que había muerto por la independencia de su patria, y entre el respetuoso cariño de una familia que funda su mayor gloria en llevar el nombre de tan ilustre mártir.

José Ma. de PEREDA.

1877.

A D. PEDRO VELARDE

SONETO

En el troquel de inmaculada gloria
fué labrado tu nombre sin segundo,
que cruzó desde el Viejo al Nuevo Mundo
en las excelsas alas de la Historia.

Siempre en pos del laurel de la victoria,
ante el vil invasor, fiero, iracundo,
mostraste el heroísmo tan profundo
del que surgió tu noble ejecutoria.

Nunca en tu espada dominó el desmayo
al rechazar la turbamulta extraña;
brillante y destructora como el rayo,
de exótica legión contra la saña
nos escribió el sublime *Dos de Mayo*,
la más hermosa página de España.

Belisario SANTOCILDES PALAZUELOS,

A VELARDE, MONTAÑÉS

SONETO

Podrá España borrar de su memoria
el ultraje de Francia recibido,
que es el perdón y generoso olvido
de hidalgos pechos alta ejecutoria.

Mas nunca España olvidará tu gloria,
ni tu hazaña inmortal, ni tu apellido
que, en el terruño montañés nacido
hoy es astro en el cielo de la Historia.

Tú, con el brillo *Montañés* le llenas;
entraña *Montañesa* fué tu entraña,
y, cuando tú rompiste las cadenas
que un día ataron a la madre España,
¡por la gloriosa vía de tus venas
la acudió con su sangre la Montaña!

Ramón de SOLANO.

Partida de bautismo de Velarde

En el Lugar de Muriedas a beinte y cinco de octubre
 Pedro no de este año de mil setecientos setenta y nueve, Testi-
 ficando yo don Francisco de Palazuelos cura párroco de dicho lugar que con
 mi licencia, don Domingo Becerro cura beneficiado del lugar
 de Villanueva, y Comisario del Santo oficio de la inquisición de
 Navarra, Bautizo, puso Oleo y Crisma a Pedro, hijo legítimo de don José Velarde
 Herrera y de doña Luisa de Santiyán mis feligreses, fueron
 sus padrinos y padres espirituales don José de Santiyán y
 doña Antonia de la Torre adbertiles el parentesco espiri-
 tual y contrafesion y obligaron de la Doctrina Christiana
 y misterios de nuestra Santa fé, Abuelos Paternos don José
 Antonio Velarde, y doña Ana de Herrera Ribero vecinos
 del Lugar de Boó Valle de Piélagos: Maternos don José

de Santiyán, y doña María Sainz Rio vecinos del Lugar
 de Arce de dicho valle; testigos don Martín de Casta-
 nedo y don José Fernández vecinos de los lugares de Villanueva
 y Cacicedo, y nació dicho Bautizado en diez
 y nueve de octubre día de San Pedro Alcántara y para que
 conste y aga fé lo firmo dicho día. Ut supra.
 don Francisco Palazuelos Domingo Becerro
 y Antonio



"En el lugar de Muriedas a beinte y cinco de Octubre de
 este año de mil setecientos setenta y nueve, certifico yo don
 Francisco de Palazuelos cura párroco de dicho lugar que con
 mi licencia, don Domingo Becerro cura beneficiado del lugar
 de Villanueva, y Comisario del Santo oficio de la inquisición de
 Navarra, Bautizo, puso Oleo y Crisma a Pedro, hijo legítimo
 de don José Velarde Herrera y doña Luisa de Santiyán mis
 feligreses, fueron sus padrinos y padres espirituales don José
 Santiyán y doña Antonia de la Torre, adbertiles el parentesco
 espiritual que contraieron y obligación de la Doctrina Cristiana

y misterios de nuestra Santa fé. Abuelos paternos don José
 Antonio Velarde y doña Ana de Herrera Ribero vecinos del
 lugar de Boó Valle de Piélagos: Maternos don José de Santiyán
 y doña María Sainz Rio vecinos del lugar de Arce de dicho
 Valle; testigos don Martín de Castanedo y don José Fernández
 vecinos de los lugares de Villanueva y Cacicedo y nació dicho
 bautizado en diez y nueve de Octubre día de San Pedro Alcán-
 tara y para que conste que haga fé, lo firmo dicho día. Ut
 supra.—D. Francisco Palazuelos.—D. Domingo Becerro Rio."

Velarde, Capitán de Artillería

DON CARLOS POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE CASTILLA,
 de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias; de Jerusalem, de Navarra, de Gra-
 nada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cer-
 deña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de
 Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y
 Occidentales, Islas y Tierra-firme del mar Océano; Archiduque de Austria,
 Duque de Borgoña, de Brabante y Milan; Conde de Abspurg, Flándes, Ti-
 rol y Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina &c. Por quanto atendiendo
 á los servicios y méritos de vos *Don Pedro Velarde Teniente del quinto Regimen-
 to de mi Real Cuerpo de Artilleria, he venido en nombraros por Capitan
 segundo de la 4.ª Compañia de la 2.ª Brigada del 5.º Regimiento del
 expresado Real Cuerpo, cuyo empleo se halla vacante por retiro de D.º
 Juan de la Haza, y servirle instruido el sueldo que suena del Cuerpo en ge-
 neral no tenga por conveniente á su servicio relevaros de dicho empleo*

Por tanto mando á los Capitanes ó Comandantes generales de Ejército y de Provincia, Goberna-
 dores ó Comandantes de las Armas, inspectores generales, y á los demas Oficiales generales y par-
 ticulares, Intendentes, Comisarios de Guerra, Tesoreros y otras personas á quienes tocare, os guar-
 den y hagan guardar las distinciones, honras, gracias, exenciones y prerogativas que os deben ser
 guardadas bien y cumplidamente; y que todos los de regular subordinacion obedezcan, cumplan
 y executen sin réplica ni dilacion las órdenes que les diereis de palabra ó por escrito; que así es mi
 voluntad; y que el Intendente de la Provincia ó Ejército donde fuereis á servir de la orden neces-
 saria para que se tome razon de este Despacho en la Contaduria principal, en la que se os formará
 asiento de dicho empleo con el sueldo y raciones que os corresponden segun el último Reglamento,
 y el goce de uno y otro desde el dia del cumplase del Capitan ó Comandante general, segun constare
 de la primera Revista. Dado en *Madrid á seis de Abril*
 de mil ochocientos y *quatro*.

Yo el Rey. S.

José Antonio Calles

*N.º M. nombra Capitán segundo del quinto Regimiento de su Real Cu-
 erpo de Artilleria á Don Pedro Velarde.*

LOS VELARDES

EN la histórica villa de Santillana del Mar, Capital de la antigua Asturias montañesa que de su nombre tomó el de Asturias de Santillana, en oposición a las Asturias de Oviedo, tuvo su origen la hidalga estirpe de los Velardes, derivada de la no menos noble familia de los Tagle.

Allá, en los albores de la Edad Moderna, empieza a sonar aquel apellido en notables hechos de nuestra historia provincial y aún de la general de la nación. Su escudo de armas (1) demuestra el entronque con otras casas asimismo ilustres, pues las tres lises del cuartel diestro superior indican su procedencia de los Bustamantes, que se suponen descendientes



don Juan Velarde, casado con una señora de la Casa de los Ríos de Proaño, de Campóo, de las más ilustres de Castilla.

De la casa de Santillana fueron derivándose diversas armas y fundándose otras nuevas en distintos Valles de la Montaña y fuera de ella, distinguiéndose entre otros señores de las mismas don Juan Velarde, que fundó el Hospital de la Concepción en Burgos: don Alonso Velarde, fundador a fines del siglo XVI, del Convento de Dominicos de "Regina Coeli" de Santillana, que fué el primero de Religiosos de la Orden de Predicadores que hubo en la Montaña y para el cual cedió don Alonso su Palacio de las Arenas, detrás de la Colegial, dotándole con quinientos ducados de renta al año. La venerable Madre doña María Ana Velarde, muerta en opinión de santidad, que fundó el Convento de "Nuestra Señora de Las Caldas", que en su principio fué hijuela del de Santillana. Don Pedro Velarde del Corro, capitán de la gente de guerra de la Villa de Santillana quien pasó a ser jefe de la noble casa de los Calderones de la Barca de Barreda, por su casamiento con la mayorazga de la misma, doña Catalina, en quien recajó la casa, por haber muerto en las guerras de Italia sus hermanos varones don Juan, don Luis y don Fernando.

Don Juan Fernández Velarde Calderón Sánchez del Corro, fué capitán de guerra del Valle de Camargo, donde fundó la Casa de la que desciende don Pedro Velarde, el héroe del dos de Mayo; otro don Juan Velarde Calderón fué así mismo capitán de Infantería en servicio del Rey.

Don Diego Velarde Calderón, caballero del hábito de Santiago, Capitán de Infantería, Gobernador de la Gente de Guerra de San Vicente de la Barquera, donde los Calderones tenían casa. Teniente general de la Artillería de las Cuatro Villas de la Costa, San Vicente, Santander, Laredo y Castro-Urdiales, cargo entonces de mucha importancia.

Don Juan Velarde, cuyo segundo apellido no recordamos, Veedor y Contino de los Ejércitos del Rey de España en Flandes.

Don Pedro Velarde Calderón del Corro que fundó el mayorazgo de Calderón de la Barca en Puente San Miguel y la Capilla de los Calderones en la Iglesia Parroquial del mismo pueblo, donde se ve en los frisos, cornisas, rosetones y otros adornos arquitectónicos, repetido gran número de veces el escudo primitivo de los Velardes, que representa un caballero montado en brioso corcel, lanza en ristre, arremetiendo contra la serpiente, orlado con el lema arriba dicho.

Don Juan Velarde Calderón, en cuyo tiempo, y merced a un pleito sostenido por su hermano Pedro, se declararon incompatibles ambos mayorazgos, el de los Velardes y el de los Calderones. Don Juan no dejó sucesión masculina y su hija doña Catalina Teresa casó con su tío carnal, hermano de su madre, don Fernando Calderón de la Barca, Caballero Santiaguista y la Casa Mayorazgo de los Calderones de Barreda volvió a restablecerse en varonía interrumpida hacía muchos años.

Don Juan de Velarde y Torre, Capitán de Caballos en las Guerras de Flandes.

El Ilmo. Sr. D. Pedro Fernández Velarde, que fué Comisario General de Cruzada, Presidente del Tribunal de la misma, quien desempeñó otros importantes cargos eclesiásticos y creó un vínculo a favor de su sobrino D. Juan, el fundador de la casa de Camargo.

En el siglo XVII se distinguió también D. Juan Manuel Fernández Velarde, de la casa de los Velardes de Reocin, Coronel del Regimiento de Extremadura, muerto sobre el campo de batalla de Tidone, en las guerras sostenidas por Felipe V, el primer Rey español de la Casa de Borbón.

de la Casa Real de Francia o significan, por lo menos, un ánimo generoso que devuelve beneficios por agravios. El águila del cuartel siniestro, de pluma rizada y alas desplegadas, símbolo del poder, nos dice que se unieron a los Villas de quienes el águila fué blasón y escudo, que aún hoy se ve esculpido en la clave del arco de entrada de la Iglesia Parroquial de Mijares de Queveda, donde tiene su enterramiento el desgraciado, cuanto valiente caballero, don Angel de Peredo y Villa, Capitán general de Chile: nos habla del valor y esfuerzo de los Velardes, por los leopardos pasantes, el cuartel siniestro o izquierdo, inferior, de sus elevados pensamientos el ciprés del central; y de su astuta prudencia la serpiente del diestro o derecho; y el lema que rodea el escudo "Velarde el que la sierpe mató y con la Infanta se casó" recuerda un hecho memorable acaecido en la Montaña, reproducción del de la fábula helena donde Perseo rescata a Andrómeda, encadenada, después de dar muerte al dragón que la custodiaba.

En la histórica Colegiata de Santillana, que guarda los sepulcros de Santa Illana o Juliana, que da nombre a la Villa, y de la Infanta doña Fronilda, su fundadora, se encuentra la "Capilla de los Cuatro Linajes", uno de ellos el de los Velardes, capilla cuyas preeminencias de estrado o asiento preferente y sepultura, pregonan la antigüedad y la nobleza de aquella casa a cuyos señores trataban de primos los Duques del Infantado.

El primero de aquel apellido que recuerda la Historia local se remonta a la segunda mitad del siglo XIV, y se llamó

(1) El escudo nobiliario de los Velardes no es el mismo en todas las ramas de este linaje, pues por razón del tiempo y de los enlaces con otros sufrió modificaciones, mas este que reseñamos es el más general según el "Nobiliario" de D. Blas de Barreda, del Marquesado de Casa-Mena.

A la misma casa pertenecieron en el siglo XVIII el Ilmo. Sr. D. Pedro Fernández Velarde Calderón, hijo de D. Juan Manuel, Catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca, 57º Obispo de Segorbe y varón muy elogiado por su caridad: D. Cristóbal de Bustamante Velarde, Caballero pensionado de la primera creación de la Orden de Carlos III e Inquisidor de la Real y Suprema Inquisición: (2) D. Francisco José Bustamante Velarde, Caballero del hábito de Santiago, Brigadier de los ejércitos y Capitán de las Reales Guardias de Infantería: D. Antonio de Velarde, Marqués de Aravete, caballero santiaguista comendador de Torava: D. Juan de Velarde del Orden de Calatrava y otros pertenecieron a la de Camargo.

D. Juan Manuel Fernández Velarde Herrera Calderón, biznieto de su homónimo, era Coronel retirado en 1808; cuando se alzó Santander contra los franceses fué nombrado General del ejército Cántabro y se opuso en Lantueno y en la Hoz de Valdeguña, aunque con escasa fortuna, a las tropas napoleónicas mandadas por Merle que marchaban sobre la capital montañesa.

D. Emeterio Velarde, hijo del anterior, que en Junio de 1808 defendió el Puerto del Escudo rechazando al francés Ducós; siendo en 1811 Primer Ayudante de Campo del Ejército Español.

Murió heroicamente en la batalla de la Albuera luchando a las órdenes de Castaños y Beresford contra los franceses que mandaba Soutl.

Cuenta Toreno que al morir Velarde preguntó, como Nelson en Gibraltar, por el resultado del combate y al saber que era favorable dijo: "Poco importa que yo muera si hemos ganado la batalla".

D. Pedro Fernández Velarde notable caudillo de aquella guerra de la Independencia, que llegó a Coronel ingresando después en la carrera eclesiástica renunciando al episcopado en más de una ocasión.

De este frondoso cuanto robusto árbol de los Velardes y de su rama de Camargo fué brote ilustre D. Pedro Velarde y Santiyan, nacido en Muriedas, en aquel valle, en 19 de Octubre de 1779, que siguió la carrera militar ingresando en el cuerpo de Artillería donde alcanzó el empleo de Capitán y que murió gloriosamente en Madrid, en el Parque de Monleón el 2 de Mayo de 1808, en unión de su compañero D. Luis Daoiz en defensa de la independencia española, escribiendo la primera página de aquella gloriosa epopeya de 1808-15 que re-

(2) Así se lee en los padrones de moneda forera del pueblo de Reocín.



Los héroes de la Independencia

(Cuadro de Nin y Tudó.)

dimió a la patria y enseñó prácticamente lo que años después decía un poeta:

“que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir”.

No haremos la biografía de D. Pedro Velarde: sería una injuria a nuestros lectores: nadie puede ignorar ni en España, ni en Europa, ni en el mundo, quien fué aquel montañés insigne, aquel varón decidido, aquel patriota exaltado, honra de su patria y del cuerpo a que perteneció, que a los requerimientos del patriotismo rompió los férreros lazos de la disciplina para no mancillar los immaculados timbres del honor y de su apellido, quizás recordando aquel lema de la antigua casa montañesa de donde derivó la suya, “un buen morir equivale a toda una vida”, se lanzó a las calles de Madrid, exhortó al paisanaje, animó a la escasa tropa que se le había unido, improvisó soldados y defensas y por espacio de unas horas detuvo el empuje y el valor de los entonces reputados mejores soldados del mundo cayendo al fin vencido más por la traición que por el denuedo de sus enemigos. Murió, sí; pero legó a la posteridad un nombre que es hoy un símbolo en España: el del honor y el amor patrio. Nombre que resplandecerá eternamente en el corazón y en el pensamiento de los españoles y que debe ser quien les llame siempre imperativamente al cumplimiento del deber en las horas de desaliento y de peligro.

El nombre de Velarde ha pasado al Folk-lore montañés también como signo de todo lo fuerte, de todo lo noble, de todo lo valiente: y así para expresar aquello que sale de lo corriente y alcanza los límites de lo extraordinario en la Montaña decimos: “es más valiente que Velarde”, “es más fuerte que Velarde”, “es tan grande como Velarde”.

En estos tiempos egoistas de decadencia y de escepticismo, ¡cuán necesitados estamos de espíritus ardientes, de patriotas fogosos, de grandes figuras como Velarde, capaces de realizar hechos iniciadores de la regeneración española, aunque por ellos perdieran gloriosamente la vida como él supo perderla!

B. RODRIGUEZ PARETS.

Santander, Marzo de 1916.



ESCUDO DE LOS VELARDES

Dibujo del notable pintor montañés don Ramón Cuetos, especial para LA MONTAÑA.

El escudo de los Velarde

SUPONEN algunos que los Vaillard vinieron de Flandes a Asturias a la Corte del Conde don Enrique de Trastámara, hacia la época en que huyendo de las justicias de don Pedro I en Burgos, (cuando mandó matar a Garcilaso) se refugiaron allí gran número de partidarios antiguos de los Lara, que don Enrique atraía para prepararse con ellos y gente allegadiza a sublevarse contra su hermano, como lo hizo (1352) dando lugar a que don Pedro sitiara y tomara a Gijón donde se hallaba doña Juana esposa de don Enrique.

Téngase en cuenta que entonces era muy distinta de lo que hoy es, la división y denominación de la región.

Santander no existía más que como burgo o villa, repoblada por Alfonso VIII, que la dió fuero, y su jurisdicción y su nombre no pasaban del valle de Camargo.

Entonces sonaban, y mucho más tarde siguieron sonando, dos Asturias: las de Oviedo, y las de Santillana.

¿Dónde se juntaban, o mejor, dónde empezaba la separación de cada una?

¿Fué la línea divisoria *el Deva* o lo fué el Sella? Bien pudo ser.—En las Asturias de Oviedo sonó por primera vez el nombre de *Velarde*, y allí se encuentran los primitivos escudos de esta familia en su forma original, que abundan tan poco en las Asturias de Santillana. Ese Escudo sin cuartelar, es contra lo usual en la heráldica española; redondo, bordeado de una greca a guisa de collar, y sin cimera. Más que escudo es medallón. En su campo aparece una Torre con una sola ventana, a la que asoma desolada una dama, flotante el cabello. Al pié de la Torre delante del arco que le dá ingreso, un descomunal dragón o endriago hace la guardia de aquella princesa, que espera que el valor de un pujante caballero venga a libertarla.

Aparece el caballero armado de todas las armas, y con su lanza, da muerte al endriago, liberta a la dama, princesa o infanta, quien en pago de su hazaña se casa con él. Esto no está representado en el escudo pero lo explica la leyenda circunscrita que dice así: “Velarde, el que *la sierpe* mató con la infanta se casó”. He subrayado *la sierpe* por que ese nombre dado al dragón es un elemento más de prueba en lo que sigue.

He dicho que en la heráldica española no es usual la forma circular en los escudos, y mucho menos que estos no tengan cimera.

Tampoco es usual la representación de figuras humanas insertas.

Y esos endriagos, dragones, &, son tan poco conocidos en nuestras leyendas heroicas, que al ver el bicho esculpido de forma de lagarto, de cola desmesurada, la voz popular le apellida *sierpe* y con *sierpe* quedó al traducir la inscripción original; como quedó en *perro chico* el león de nuestras monedas de cobre de los cuños de 1870.

Decía que abundan poco en Las Asturias de Santillana los Escudos originales de esta casa que entroncó con las más notables de por acá, (que debió de ser tan prolífica como la de los Ceballos) y efectivamente, solo conozco uno, no muy grande tal como le he descrito antes, en Santillana.

Por la factura, y por los restos que quedan de la reformada casa en que se halla, al extremo de la calle de Juan Infante, en la curva que hace, hacia el N. O. y en la parte más alta de la villa, donde se conservan las casas más antiguas de Santillana, cerca de la casa Ayuntamiento, creo que es el primer Escudo de los Velarde que se ostentó en Santillana.

¿Sería el Velarde que figura ya en una Escritura de 1373 en la capital de las Asturias de Santillana, quien hizo aquella casa y en ella mandó poner su Escudo, veinte años después de la supuesta venida a la Corte de don Enrique de los Vaillard?

En Liérganes conozco otro Escudo de la forma original, exacto o muy parecido el dibujo al de Santillana, más grande y de forma corriente, es decir *de escudo*, y con casco cerrado con plumajes por cimera. El desarrollo de la leyenda ya no es circular, sigue la inflexión de la línea.

Por su factura es del siglo XVII, por cierto que es tan burdo, que está muy justificada la frase de un amigo mío a quien explicándole yo lo que significaba aquel guerrero me dijo: “Esas son fantasías; ese guerrero no mató al dragón; desencantó a la Princesa, Infanta o lo que sea *de risa*, por “las cosquillas que le hace al dragón en la lengua”; y efectivamente, la actitud del desfacedor de entuertos más parece que está urgando la lengua del dragón, que otra cosa.

En los demás escudos de los Velarde que conozco, solo queda del original la leyenda, no en todos, en escudos cuartelados con insignias ajenas, campeando las de las distintas familias con que entroncaron los descendientes de aquellos desencantadores de princesas tan desconocidas como ellos, que hubieran pasado inadvertidos a pesar de esa hazaña parodia de la de San Jorge, y más propia de los legendarios caballeros de la *tabla redonda*, que de los reales y arrogantes reconquistadores del suelo patrio, vencedores de la morisma, a no ser por su heroico descendiente *Don Pedro de Velarde y Santiyan* que nació en Muriedas, y dió él solo más lustre a su casta, que las ochenta generaciones de su nombre que en España le precedieron. Este no mató al dragón sino que por él fué muerto, por casarse con la encantada Infanta, doña Dignidad Nacional.

J. FRESNEDO DE LA CALZADA.

Santander, 12 de Marzo de 1916.



A la tierra montañesa

Cuando el honor de España, su alta gloria,
su sacra independencia peligraron,
alientos nuevos, nuevo sér cobraron
en tus fraguras de inmortal memoria.

¡Oh tierra, cuna de la patria historia!
¿qué verdes lauros a tu prez faltaron,
madre de tales hijos, que aclamaron
trono la huesa y el morir victoria?...

En dura ausencia con afán soñada,
con ansia loca en el dolor querida
nacer en tí fué dicha no igualada;

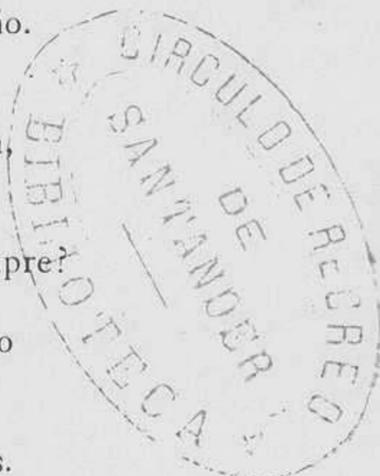
mas ya ese bronce de advertirnos cuida,
que es la mejor fortuna y más honrada,
dar, ¡oh patria! por tí la dulce vida.

Juan GARCIA.

Diálogo con la estatua de D. Pedro Velarde, en Santander

—Don Pedro, buenas noches.
—¿Quién saluda?
—Pepe el pacotillero.
—Hola, amiguito,
Te estás vendiendo caro.
—No por cierto.
Ni por un perro chico.
—Quiero decir que ya no me visitas
con la frecuencia de antes.
—Entendido:
es que los años ya me pesan mucho.
—No seas *pesimista*.
—¿Chistecitos
también, Don Pedro?
—No siempre ha de estar uno
con cara y actitud de andar a tiros.
—¿Quiere usted (y perdón si le molesto)
bajar, para que hablemos un ratito?
—Con mucho gusto.
—No se haga usted daño.
—Descuida, no hay peligro.
—Poco a poco.
—No temas. ¡A la una,
a las dos, a las tres!
—¡Caray, que brinco!
—Ajá... ya. ¿Nos sentamos donde siempre?
—Para ocultarnos, es el mejor sitio
el banco aquel, que está junto al quiosco
del limpia botas.
—Yo creo lo mismo.
Vamos allá; ya estamos, pues, sentados.
Conque a ver qué desees. Abre el pico.
—Pues verá usted, don Pedro. Hay en la Habana
un culto semanario, muy bonito,
que LA MONTAÑA se titula. Es obra
muy loable, de amigos míos íntimos,
montañeses, los cuales, allá en Cuba,
llenos de patriotismo,
ferviente culto rinden a la tierra
donde nacieron, como buenos hijos.
Para conmemorar solemnemente
el sublime y glorioso sacrificio
que hizo usted de su vida, por la patria,
quieren hacer un número magnífico
el Dos de Mayo próximo, y me piden
que con usted celebre una *entreviú*...
—¿Una qué?
—¿Pronuncié mal el vocablo?
Bueno, pues rectifico:
Entreviú, entreviú o como se diga,
que eso en la escuela yo no lo he aprendido.
—Tampoco yo, por eso es que no entiendo
lo que quieres decir. Para mí es gringo.
—Es que no me acordaba, insigne héroe
que usted, hablando en español castizo,
increpó a los osados extranjeros,
que nuestro suelo habían invadido
y que es muy natural que usted no sepa
y le indigne al saberlo, por mí mismo,
que ahora están invadiendo nuestro idioma
también los extranjeros de este siglo
con legiones de exóticas palabras;

sin que de *¡independencia!* al santo grito
haya un Velarde que proteste airado
desnudando el acero, si es preciso,
ya que con su brillante pluma de oro
está haciendo bastante Marianico.
—¿Y quién es ese?
—Otro español glorioso
inmortal, como usted. ¡Cávia!
—Le rindo
de admiración tributo.
—¡Bien, Don Pedro!
Y él se lo rinde a usted por su heroísmo.
—Pero ante esa invasión vocabularia,
que mi rostro bronceo
de rubor coloréa, ¿qué es lo que hacen
los demás españoles?
—Sometidos
al invasor, se han hecho muchos de ellos
sportsman.
—¡Jesucristo!
¿Y eso se come con cuchara?
—Quiere
decir que ejercen con delirio
los *sports* del *foot-ball* y del *lew-tennis*
y que en los *matches* reñidos
se disputan los *goals* con mucha furia
sometiéndose todos los *equipos*
u *onces* a los *referes*, siendo el triunfo
del *campeonato nacional*, de fijo,
para los que están más *entrenados*
en cada *sport*, incluso en del *ciclismo*.
—¡Calla, calla, por Dios! ¿Qué gerigonza
es esa de voquiblos?
—Los invasores del idioma hispano,
que se han introducido
en los *halls* de las *viles*, los *chalets*,
los *Palaces Hoteles* y otros sitios
como *foyeres*, *restaurans*, y hasta
en los voluptuosos *camerinos*
de las *divettes* y de las *chanteusses*...
—Basta, basta de pisto
polilingue! Si hoy el bravo
Daoiz y yo, estuviéramos aún vivos,
esa invasión de voces extranjeras
no la consentiríamos.
—¿Y cómo iban ustedes a evitarlo?
—¡A cañonazo limpio!
—¿Contra quién?
—Es verdad, luchar no cabe
cuando incorpóreo es el enemigo.
¡Pero sí, sí! ¡Contra los españoles,
que de su idioma el manatíal purísimo
enturbian con la mezcla de esas frases
que no entiende ni Cristo.
—Eso no puede ser. Conque, dejémonos
señor don Pedro, de *filologismos*
y vamos al sunto.
—¿De qué asunto
quieres que hablemos?





Estatua de D. Pedro Velarde, en la plaza de su nombre, en Santander, y que ahora desaparecerá de dicho sitio, donde se levantará la Casa de Correos y Telégrafos

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

—¿No se lo he dicho ya? De que me cuente usted, don Pedro algo del tiempo por usted vivido, para que lo publique LA MONTAÑA allá en la Habana el *Dos de Mayo*.

—Chico, ¡si eso se ha publicado ya millones de veces en periódicos y en libros!

Que faltando al deber de disciplina ante el santo deber del patriotismo, con ira me arrojé contra las huestes de Murat, porque habían invadido nuestro sagrado suelo y en la Corte querían ejercer pleno dominio. Saqué un cañón del Parque y rodeado de chisperos, armados de cuchillos,

luché contra las huestes napoleónicas
hasta exhalar el último suspiro.
Si esto se ha dicho ya la mar de veces
¿a qué volver ahora a repetirlo?
—Algo inédito habrá, insigne don Pedro,
de su preciosa vida en el archivo,
que por tratarse de héroe tan famoso
merezca ser sabido.
—¿Qué ha de haber si mi vida fué muy corta!
Fuera de mi cruento sacrificio,
yo no recuerdo nada. Ni siquiera
que en mi pueblo, Muriedas, planté un pino,
como dicen por ahí.
—¿Y de mujeres?
—Me tocaste en lo vivo.
Eso sí; ¡qué manolas y qué majas,
como las que pintaba don Francisco,
conocí en Lavapiés y en las Vistillas
y en la Florida, junto al manso río!
¡Qué serie de episodios y aventuras
como de galanteos y amoríos,
muy propios de mis años juveniles,
interrumpió el inícuo
invasor. También influyó algo
en mi ánimo esto mismo
para encender mi sangre en santo fuego,
que me impelió con brío
a lanzarme a luchar contra el intruso
Murat, que se portó como un cochino!
¿Yo consentir que aquellos invasores
hollaran sin castigo
nuestros amados lares, y que siendo
más feos que botijos,
hicieran a doncellas españolas
víctimas de sus bárbaros caprichos?
¿Consentir eso yo? ¡Mil muertes antes!
¡Destrucción y exterminio!
—Bravo, don Pedro, bravo! ¡Es usted un hombre!

—Ahora no; solo soy bronce fundido.
—Pero bronce animado.
—Sí por cierto;
no hay duda que me animo
cada vez que hasta mí llegan los ayes
de la patria, maltrecha en este siglo,
por discordias, torpezas, ambiciones,
deslealtades, traiciones y egoismos.
¡Ay, si pudiera yo volver ahora
en cuerpo y alma al mundo de los vivos!
—También se anima usted de cuando en cuando
por otra cosa.
—Tú dirás, no atino...
—¡Por las santanderinas retrecheras
que pasan por aquí!
—Me dejan bizco.
Es que las hay tan guapas, tan gentiles
y tan llenas de encantos, que te digo
que el mejor día vienes a buscarme
y, en lugar de mi efigie, hallas un río
de metal en el suelo.
—¿Quare causa?
—¿No lo adivinas?
—No, no lo adivino.
—¡Pues porque con el fuego de sus ojos
me habrán, seguramente, derretido...
—La verdad es que son despampanantes,
por su gracia, por su aire y por su tipo.
—Tanto lo son, que a mí, siendo de bronce,
me quitan el sentido!
—Vaya, don Pedro, adiós, que ya amanece.
—Sé discreto al contar lo que te he dicho
y no metas la pata.
—Usted descuide
y gracias mil en nombre de los chicos
de LA MONTAÑA, por su complacencia.
—¡Adiós, joven... antiguo!

Santander, Marzo de 1916.

José ESTRANI.

POR NUESTROS HEROES

La blanda mano de los genios del bien, mejor dispuesta para manejar en las dulzuras de la paz los útiles y herramientas del trabajo fecundo que para fulminar en la guerra los rayos de la batalla y del exterminio de los hombres, parecía haberse entretenido noblemente en borrar poco a poco los épicos recuerdos de los héroes, las leyendas bárbaras de los grandes exterminadores y de los sublimes exterminados... España, que, a falta de esplendores de prosperidad, tenía el fiero orgullo histórico de sus innumerables epopeyas y la rancia y nobilísima ejecutoria de sus labradas piedras de Mérida y Segovia, de Santillana, de Toledo, de Salamanca, de León, de Valladolid, de Burgos y tantas otras, se sonrojaba un poco en la pacífica concurrencia de cambios y relaciones internacionales, pensando y temiendo que, dentro del humano y fraternal concepto del vivir moderno, sin viejos ídolos, Viriato, el Cid, el Gran Capitán, don Juan de Austria, Churruga, Velarde Prim, no podrían tener ya veneraciones y apoteosis...

Pero he aquí que las razas que dijeron poseer el cetro de la cultura y haber logrado las más excelsas cumbres del progreso social, están destrozándose con un furor, con una barbarie, con un encono tan sañudo, que ante sus ataques no han valido los derechos de los indefensos, ni la inviolabilidad sagrada del Arte y de la Ciencia, porque han despedazado niños y ancianos y hospitales con el reventar de su metralla; han arrasado pueblos, han talado cultivos, han derruido templos donde Dios se hacía glorificar con primores y maravillas artísticas y han incendiado y hecho polvo códices, incunables y colecciones en Bibliotecas y Museos.

Ante todo este cúmulo de espantosos horrores, el culto a nuestros héroes es más que legítimo ¡es santo! que, al cabo, por bien distintas razones se recuerda el brío de sus brazos armados y la encendida cólera patriótica que les hizo ascender a la gloria de la inmortalidad.

Santander, Marzo de 1916.

Jesús DE COSPEDAL.

EPOPEYAS MOMENTÁNEAS

“**L**A epopeya de un momento”, según frase de Amós de Escalante, que elevó a la gloriosa altura de los héroes, a don Pedro Velarde, quedó ahí, estampada en la Historia, como un grito se graba en el disco de un gramófono; para decirnos, con ronco son de sirena penetrante, con la fuerza expansiva del estruendo propia de los estampidos de los cañones, que también, también podemos subrayar con una sonrisa irónica todo aquello que nos cuentan de la eficacia de la austera, rígida, inflexible disciplina militar, armazón, esqueleto, sustentáculo del vigor ofensivo de los ejércitos.

En crisis está en la vieja Europa el rancio, el vetusto, el despótico militarismo. Toda esa sangre moza que se está vertiendo en aquellas tierras que tanta han absorbido en siglos y siglos de cruentas luchas, acaso se asocie a las futuras formaciones vegetales, y por la obra misteriosa de las asimilaciones físicas, comunique a las generaciones nuevas el odio a las artes crueles de la guerra. ¡Dios haga ese milagro, y váyase modificando esta constitución de los humanos tejidos en donde se produce la voluntad, y en los cuales el insigne Ramón y Cajal descubrió fatales inclinaciones a la barbarie!

¿Qué hizo el Ejército en aquella memorable ocasión en que Velarde y Daoiz dieron el grito de independencia, prescindiendo de todas las austeridades de la disciplina? Lo que hizo fué permanecer encerrado en los cuarteles. El mismo Daoiz llevó el 2 de Mayo al cuartel de Artillería la orden expresa de sus jefes “de no hacer movimiento alguno interín no se recibiese nuevo aviso” y Velarde, cuando, henchido de santo patriotismo, comenzó a tomar enérgicas disposiciones en el Parque para rechazar a los invasores, contestó bruscamente, a una pregunta de Daoiz, “que las órdenes dadas, cualesquiera que fueran, no tenían ya valor, atendido el estado en que se hallaba el pueblo”. Si entoces la rigidez intangible de la disciplina militar, manejada a su antojo por los “afrancesados” se hubiese impuesto, acaso hubiésemos tenido los españoles un siglo después de la invasión, que defender en las trincheras contra el áspero y ciego militarismo alemán la integridad de Francia...

¿Vamos a limitarnos ahora, con motivo de la conmemoración de la fecha del 2 de Mayo de 1808, a tender sobre las blancas cuartillas un lindo dibujo, con sus aureolas, con sus alegorías, con los sonrientes y alados angelitos que elevan por los aires la ancha banda con la leyenda: “¡Gloria a los héroes!” rodeado todo ello por las humaredas que salen de los turibulos? Esto, además de estar muy gastado por el uso y el abuso, resultaría de un candor paradisiaco, propio de los días que precedieron al fatal mordisco que dió Adán a aquella rica manzana tan sumamente comprometedor.

Mejor es que llevemos nuestros entusiasmos por otros caminos y extraigamos alguna esencia filosófica... y hasta política de aquel suceso; de aquel momento gloriosísimo en que dos bravos artilleros, mientras las tropas “disciplinadas” permanecían en sus cuarteles, iniciaron una empresa gigantesca: la de arrollar al invasor del territorio nacional uniéndose al pueblo soberano... ¡Soberano, sí, hasta cuando le fusilan por la espalda las tropas “disciplinadas”!

La Historia está sembrada de divorcios momentáneos, accidentales, circunstanciales, entre los pueblos y sus ejércitos, y no se ha dado aún con una fórmula que los evite. Casi siempre esos abismos, capaces de tragarse a una nación con toda su personalidad y con todos sus prestigios, abren sus fauces ansiosas entre los dos componentes de los pueblos, entre el paisano y el militar, por la codicia con que la política se apodera de la voluntad del alto mando; cosa tristísima y peligrosísima que dejará de ocurrir cuando las monarquías y las repúblicas puedan sacar sus reyes y sus presidentes de entre

los coros seráficos que rodean el trono del Altísimo.

Allá en las alturas del poder, donde se forjan las centellas y se elaboran los truenos; entre aquellos hombres que acaso supongan que previó su existencia la vieja mitología cuando nos describió a Júpiter tonante y omnipotente; allá arriba no se oye siempre, ni aun bajo el sistema representativo, la voz franca y sonora del pueblo, la llamada voz de Dios, porque muchas, muchas veces, en su ascensión, lo que fué rugido de santa indignación, por obra de las mixtificaciones, se trueca en vivas, en gritos jubilosos de incondicional aprobación y de aplauso unánime. ¡Y es tarde ya cuando el pueblo ve su soberanía esclavizada, y sus deseos sofocados y contrariados por la ambición, por la locura, por la estupidez o por la torpeza!

Tienen, sí, los pueblos unos “amigos” de quienes desconfiar constantemente: son aquellos en cuyas manos encomiendan las naciones su espíritu. Los cuales lo mismo nos pueden conducir a las más altas glorias que a las más humillantes verguenzas. Por esto, deben los pueblos impregnarse de patrióticos recelos y vivir siempre alertas, por si el depositario del espíritu de la nacionalidad se juega un día a una carta el valiosísimo tesoro.

Genio es el montañés que a todos ama, que a todos respeta, que a todos ayuda y sirve; pero que a nadie se entrega con excesiva confianza. Júzgase defecto de la raza ese recelo ingénito, del que donosamente se burló el inmortal Pereda en algunas de sus páginas. Pero esos campesinos recelosos, desconfiados, maliciosos, que esgrimen tan bien como la pértiga la socarronería, se han formado poco a poco, a través de los tiempos, a los golpes bruscos, inesperados e implacables del desengaño. Y con tanto como se han burlado de ellos, en una larga sucesión de generaciones, han aprendido a burlarse también, y se ríen de las promesas, y desconfían de los prestigios, y saben de sobra que ante tanta ostentación de poder, ante tanto uniforme vistoso y tanto hábito de colorines, y ante tanta toga y tantas investiduras políticas, ellos serán siempre, los hijos del pueblo, los que defiendan la integridad de la patria, de la justicia y de la virtud, como desde los picachos lebaniegos aplastaron al mahometano haciendo rodar a trozos los peñascos por los abismos; como el heroico Velarde, el preclaro montañés todo henchido del genio de la raza, ametralló desde el parque de Monte León a las fuerzas invasoras, mientras las tropas “españolas”, dóciles a la disciplina, retenidas por la voz autoritaria de sus jefes “permanecían encerradas en sus cuarteles”.

De tumbo en tumbo caminan muchas naciones, guiadas por las oligarquías turnantes, que han llevado a la vida civil los encarnizamientos de las batallas y a la acción administrativa el odio y la ceguedad de los choques bélicos, sin poner en esas crueldades la nota heroica y sublime del sacrificio patriótico.

¡No importa! Que si esta frase sirve de mote a un general intrépido y sereno, puesto por la fantasía popular al frente de las huestes más resueltas, también nos dice que sufriendo resignados las torpezas y las necedades de los poderosos, estamos siempre dispuestos los montañeses, como todos los buenos españoles, a saltar por cima de la falsedad y de la ambición y de la intriga, y a realizar nuevas y gloriosas “epopeyas momentáneas”, a sacar de sus atascos a la Patria, aunque otra vez la hija de un Malasaña caiga asesinada al llevar a su padre municiones; aunque otra vez, y mil veces, muertos los bravos artilleros del temple de Velarde y Daoiz, caminando decididas en busca del invasor,

“vayan roncas las mujeres
empujando los cañones”...

Santander, Marzo, 1916.

Fernando SEGURA.

Santander Al Héroe

PEREDA el inmortal fué el primero que pidió que en Muriedas se honrara a Velarde. Ocurrió esto en 1864 y en 1877 insistió sobre lo mismo solicitando de los montañeses "un sitio digno en esta capital para inscribir su nombre y una modesta columna o siquiera una lápida sencilla para Muriedas, lugar del nacimiento del héroe".

Don Esteban Aparicio, profesor de dibujo en el Instituto de Santander secundó al autor de *Sotileza* en su loable propósito, y sin perjuicio de lo solicitado para Muriedas, propuso que se levantase una estatua a Velarde en el centro de la nueva plaza de la Dársena. A los pocos días se formó una Junta encargada de gestionar sobre el proyecto encabezando la suscripción con mil duros el Ayuntamiento de Santander y con igual suma la Diputación provincial.

El 3 de Junio de 1864 se repartió una circular concebida en los términos siguientes:

"Promovida en esta ciudad la idea de erigir una estatua, por medio de una suscripción general, a la memoria del valiente capitán de Artillería Don Pedro de Velarde, muerto heroicamente en defensa de la independencia nacional, el día dos de Mayo de mil ochocientos ocho, se ha constituido una Junta compuesta de individuos de las corporaciones Provincial y Municipal y de personas de la población, autorizada para practicar todas las gestiones conducentes a la erección del monumento indicado.

La mera enunciación de esta idea basta por sí sola para recomendar el patriótico objeto a que se dirige. Los grandes he-

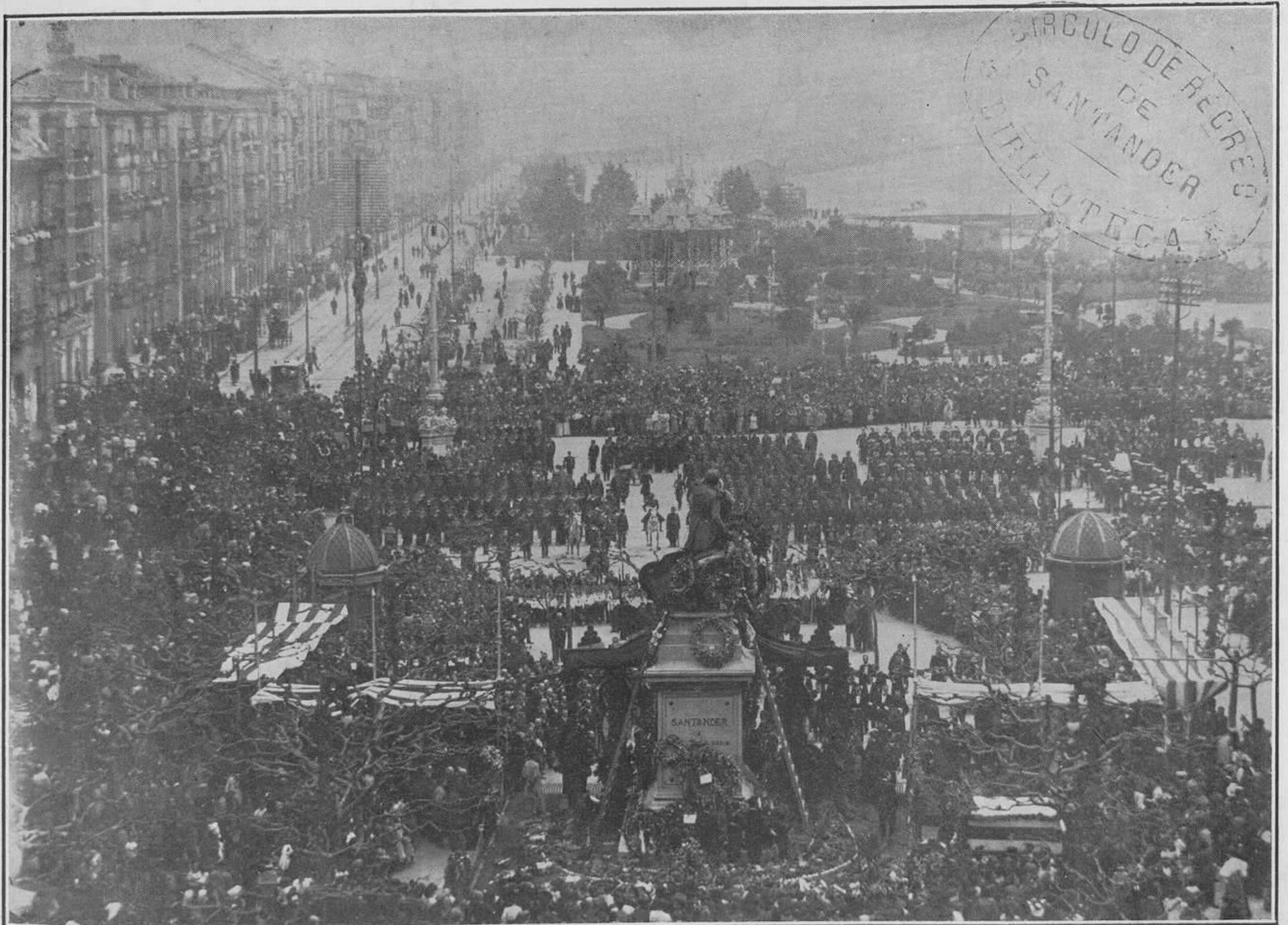
chos, que los pueblos registran en su historia, deben hacerse visibles a todos, como provechosa enseñanza cuando acrisolados por el tiempo no los empañan las pasiones de su época. Los monumentos históricos revelan a las generaciones sucesivas hechos dignos de ejemplo, fortifican el espíritu público, alimentan el amor a la patria y levantan el ánimo a la ejecución de grandes empresas.

El suceso que ha de conmemorar el monumento que se erija a Velarde, forma la primera y una de las más brillantes páginas de la sublime epopeya de la independencia española, cuyos hechos después de asombrar a la Europa, reanimaron su abatido espíritu y fueron la primera causa de los agigantados esfuerzos, que le dieron la victoria sobre el primer capitán del siglo.

El fin a que se dirige el pensamiento iniciado es de interés nacional, la gloria es de la patria, y todos los españoles se asociarán gustosos a la realización. En este concepto la Junta, segura de los dignos y elevados sentimientos que a Vd. animan, tiene el honor de remitirle la presente circular, rogándole a Vd. se sirva manifestar en la hoja adjunta la cantidad por que se suscribe que la hará efectiva a su tiempo en los puntos que se designarán.

El 19 de Diciembre de 1864 comenzaron las obras de cimentación, y el 31 del mismo mes quedó colocada la primera piedra.

Quedaron así las cosas por dificultades surgidas, otra Junta sustituyó a la anterior con mejor fortuna y el 2 de Mayo de 1880 se inauguró por fin la estatua, de cuyo acto dijo el *Boletín de Comercio* lo que a continuación publicamos:



La Plaza de Velarde y Avenida de Alfonso XIII durante la misa de campaña celebrada el día 2 de Mayo de 1908

“El domingo tuvo lugar la inauguración de la estatua erigida al insigne montañés Don Pedro Velarde, que inmortalizó su nombre en el memorable *Dos de Mayo de 1808*.

De hoy en adelante la antigua plaza de la Dársena, que con el monumento que en ella se ostenta ha tomado un aspecto marcadísimo de severidad y grandeza, se llamará *Plaza de Velarde*, aunque debemos hacer constar que se designaba así ha ya algún tiempo.

La inauguración de la estatua, en medio de una mañana desapacible y lloviendo a ratos, no ofreció nada de particular más que la animación de las gentes que por las calles discurrían para venir a recalar a la plaza de Velarde, que estaba perfectamente dispuesta y engalanada, como engalanados estaban también los edificios que la circundan, todos cuajados de curiosos que no querían privarse de presenciar el espectáculo anunciado, que se cumplió con arreglo al programa que oportunamente dimos a conocer.

Las once de la mañana serían cuando llegó a la plaza la comitiva oficial, presidida por el excelentísimo señor gobernador civil, que llevaba a su derecha al ilustrísimo señor obispo de la diócesis (1), estando en ella representados la Diputación y el Ayuntamiento, la Marina de guerra, el Cuerpo de Artillería (2) y demás armas del Ejército, familia de Velarde, grandes cruces, Corporaciones y particulares invitados a tan solemne acto, los que fueron recibidos por la Junta de erección de la estatua.

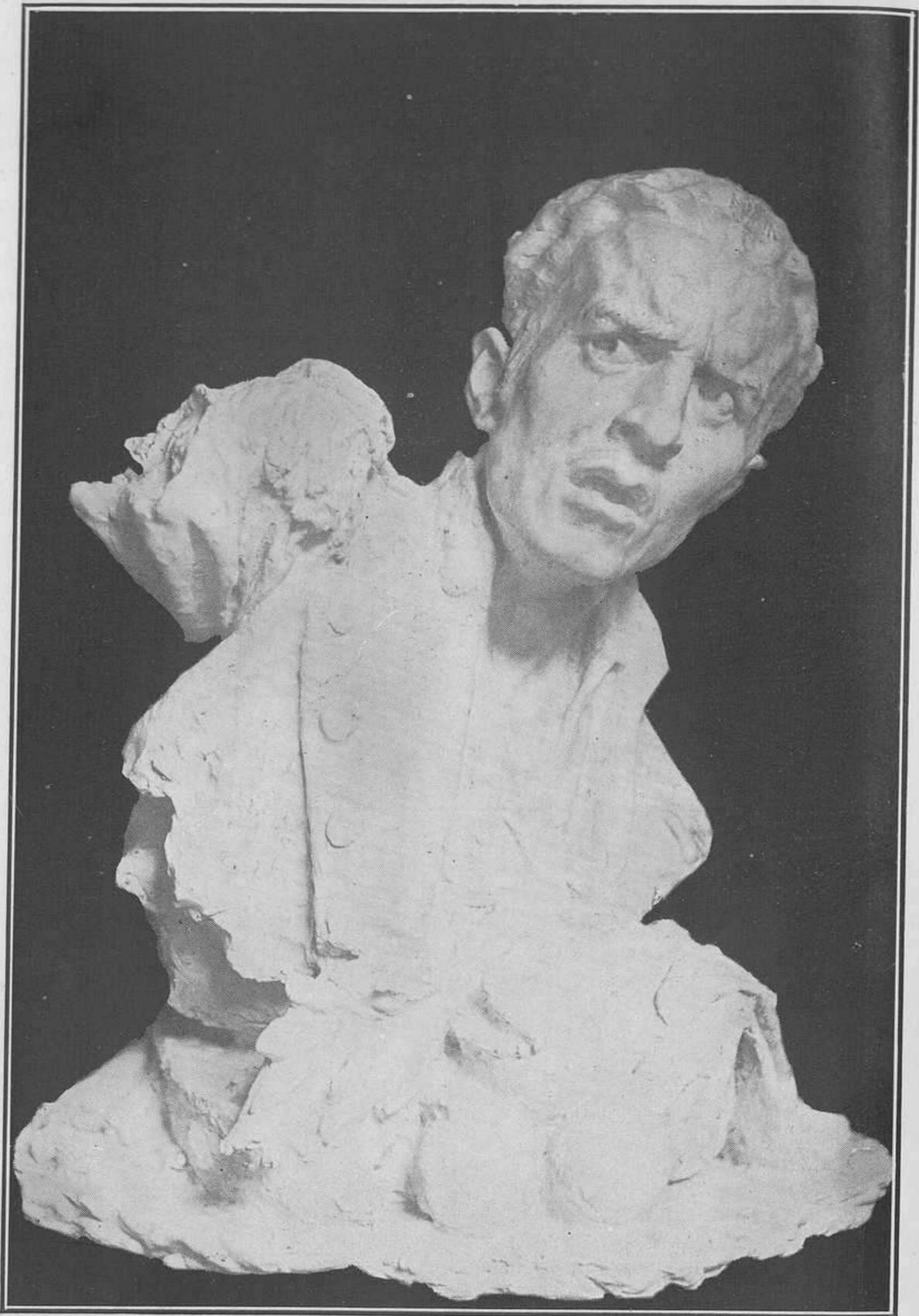
Convenientemente colocados todos, el señor gobernador civil tiró del cordón a que estaban sujetas las dos grandes banderas que cubrían la estatua del héroe, la nacional y la de la matrícula de Santander, dejando descubierto el monumento, que fué saludado con una salva de aplausos.

Entonces pudo verse la magnífica obra del distinguido escultor señor Martín, que el público estuvo admirando todo el día; y por cierto que lo merece bien: la estatua de Velarde honra a un artista, por alta que se halle su reputación; el señor Martín puede estar satisfecho de su último trabajo que admite la crítica más severa y más exigente: así en el conjunto como en sus más mínimos detalles, de que está ricamente adornado.

El señor gobernador, seguidamente de hecha la inauguración oficial, pronunció un breve discurso, con entonación robusta, entregando al pueblo el depósito de aquella estatua a que va unido el recuerdo glorioso de la independencia española.

He aquí las palabras del excelentísimo señor don Ricardo Villalba, que fueron escuchadas en medio de un religioso silencio:

“Señores: Por el puesto oficial que ocupo, cábeme la honra de presidir este solemne acto, que tiene por objeto la inauguración de la estatua que Santander dedica al heroico



Busto de D. Pedro Velarde, del escultor montañés Victoriano Macho, existente en el Museo histórico del Ayuntamiento

(Fot. tomada especialmente para esta Revista.)

montañés don Pedro Velarde y Santiyán, capitán de Artillería que hoy hace setenta y dos años selló con su sangre su acendrado amor a la independencia de la patria.

En la capital de la Monarquía se ostenta un grupo en mármol conmemorativo del patriotismo de Daoiz y Velarde; pero Santander no podía dejar de dedicarle a Velarde un monumento que recordara a las generaciones venideras el heroísmo de un hijo de sus montañas.

A la iniciativa del señor don Esteban Aparicio se debe el pensamiento de erigirle una estatua en Santander: pensamiento que fué acogido con unánime entusiasmo, y se creó la Junta encargada de llevarle a cabo.

Esta junta ha luchado con mil obstáculos para cumplir su misión, y mucho secundó sus esfuerzos mi digno antecesor el excelentísimo señor don Francisco Javier Camuño.

(1) D. Vicente Calvo y Valero.

(2) Estaba representado por el teniente coronel don Rafael Méndez, los capitanes, naturales de la provincia, don Baldomero Villegas y don Luis Sierra y el teniente don Luis Gómez.

Hoy al fin, vencidos esos obstáculos, tiene la Junta la satisfacción de ver elevada sobre su pedestal la estatua de Velarde, hábilmente modelada por el distinguido escultor señor don Elías Martín, y felizmente fundida en la fábrica Nacional de Trubia por el Cuerpo de Artillería a que perteneció el héroe de la independencia.

La Junta hace entrega de ella al pueblo de Santander, representado por su dignísimo Ayuntamiento.

La Junta merece la gratitud de Santander, y yo la felicito en nombre de su majestad el rey.

¡Viva el rey!"

A continuación se dijo una misa de campaña en el altar dispuesto al efecto en la parte E. al pie del pedestal, por el muy estimado padre Mariano, que fué vista por el concurso de la calle y de los balcones, tocando durante el oficio la banda de música del regimiento de Luzón, número 58, y dando al pueblo la bendición episcopal el ilustrísimo señor obispo, que rezó un responso por el alma del que era objeto de tantas distinciones.

No debemos dejar pasar inadvertida una circunstancia esencial, muy del caso: el cáliz y el misal con que la misa se celebró procedían de la antigua capilla de la casa de los respetables padres del ínclito capitán de Artillería, del inmortal compañero de Daoiz.

Terminado al acto a cosa de las doce, las Comisiones se despidieron, retirándose las tropas a sus cuarteles.

Desde este momento hasta las once de la noche, la Plaza de Velarde estuvo concurridísima, y fué el paseo del domingo.

Por la tarde despejó el tiempo, amenizando las horas la banda de música de la Casa de Caridad, que ha adelantado mucho, y la que acaba de organizar el profesor don Miguel García (1) que es buena, y se prestó a tocar gratis, contribuyendo no poco a la animación que se advertía.

El orfeón *La Sirena* que preparó un bonito tablado en la Plaza de Velarde, con gusto iluminada con faroles a la vene-

(1) Esta banda tocó un "Himno a Velarde" compuesto por don Maximino Enguita.

ciana, se presentó a las nueve, y ejecutó diversos coros y un himno escrito *ad hoc* por su director señor Garmendía, siendo aplaudidos los orfeonistas al final de todas las piezas que alternaban con las dos bandas de música (2).

Así se pasó el día, hasta las once de la noche, en que todo volvió a tomar su natural y ordinario aspecto, excepto la Plaza de Velarde, que de hoy en adelante ofrece al viajero y a los curiosos un monumento notable, que se encargará de recordar a las generaciones venideras el hecho gloriosísimo, imperecedero en la patria historia y en la historia de los hijos ilustres de la Montaña".

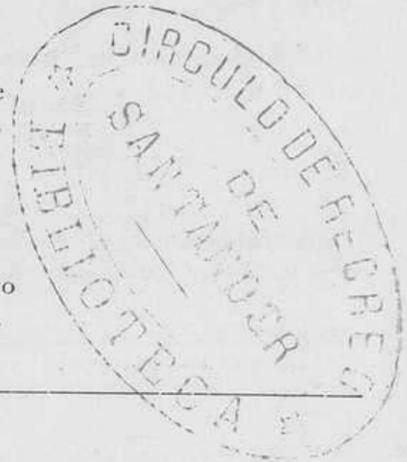
El *Casino Montañés* organizó un concurso, con motivo de la erección de la estatua.

Fueron premiadas la leyenda *El Halcón*, original de Ricardo Olaran, y se concedió el *accesit* de igual tema a otra leyenda del mismo autor, titulada *Abenfalacia*; una poesía dedicada a don Francisco Alsedo Bustamante, original de don Adolfo de la Fuente; la composición titulada *Dos Juramentos*, original de don Adolfo Camporredondo y la *Biografía de don Francisco Alsedo Bustamante* escrita por don Alfredo del Río y a la cual se concedió el *accesit* de su tema.

(2) El orfeón "La Sirena" cantó los coros "El lenguaje de las flores" y "La flor del valle", de Clavé, y un "Himno a Velarde", letra de don Alfredo del Río y música de don Fernando Garmendía. La letra dice así:

Hoy el pueblo alborozado
al ver tu estatua erigida,
canta la preciosa vida
que diste al pie del cañón;
pues si hallaste allí la muerte
por la libertad luchando,
el pueblo está pregonando
las glorias de tu nación.

El pueblo donde naciste
guarda fiel en su memoria
grato recuerdo de gloria
que de tu muerte brotó:
por eso canta orgulloso
cual buen hijo de Pelayo
las glorias del dos de Mayo
que con tu sangre escribió.



Los montañeses en la guerra de independencia

RINDE en este número LA MONTAÑA, por la pluma de sus más excelsos colaboradores, patriótico y férvido homenaje a la memoria inmortal de don Pedro Velarde, gloria de España y honor y prez de la hidalguía cántabra.

Humilde ofrenda puedo yo ofrecer al héroe montañés, cuya vida y virtudes deben estar presentes siempre en nuestro espíritu. Por haber penetrado en el corazón de muchos montañeses el grito generoso y viril de Velarde al proclamar nuestra patria independencia, se enorgullece la Montaña, no solo de la gloria del heroico artillero, sino de las de cientos de sus hijos que vertieron su sangre generosa por la liberación del patrio suelo, en aquella epopeya gigantesca, asombro del mundo y áureo crisol donde se vertieron, para ser purificadas, las más altas virtudes de la raza española.

No quedó en la Montaña, solar, pueblo, ni valle, que no diese contribución generosa al despertar de la Patria. Los guerrilleros, el alma popular, tuvo en nuestra tierra figuras románticas y valientes en Juan López Campillo, vida heroica y abnegada, de la que se enorgullece su patria, el pintoresco Liendo; la de Manuel García del Barrio, de Argueso, de cuyas campañas en América y en España se han publicado recientemente interesantes monografías, que proclamaron su gran valor y pericia militar; la de Andrés García del Río, de Paracuelles, cuya memoria aún vive en Reinoso, lugar de sus proezas, donde tuvo por compañero a otro valiente reinosano, Pedro García del Soto; la de Manuel Colmenares, de Potes, espíritu audacísimo, cuyas hazañas se recuerdan, no sólo en la Montaña, sino en Palencia, León y Oviedo. Para no hacer interminable esta honrosa lista del patriotismo montañés,

cerrémosla con los nombres de Lorenzo Herrero, Juan Obeso, García de la Huerta y Manuel Cosío que en distintos valles de la provincia pusieron a prueba su valor peleando a diario con las huestes napoleónicas.

En la guerra de la Independencia continuó gloriosa la tradición militar de la Montaña como lo proclaman los nombres del capitán general don Gregorio de la Cuesta, natural de

y Marsella, Mariscal de Campo, laredano; el general don Celestino del Piélagos, de Comillas; don Manuel Herrera Bustamante, santanderino, coronel de Artillería y diputado en las Cortes de Cádiz; su hermano don Antonio, militar de gloriosa historia, que contribuyó al alzamiento de Santander; el capitán don José de la Colina, del ilustre solar de Zurita, caballero del Hábito de Calatrava; el Coronel de Guardias de Corps, don José de Castañeda y Carriedo, de Torrelavega; el iguñés

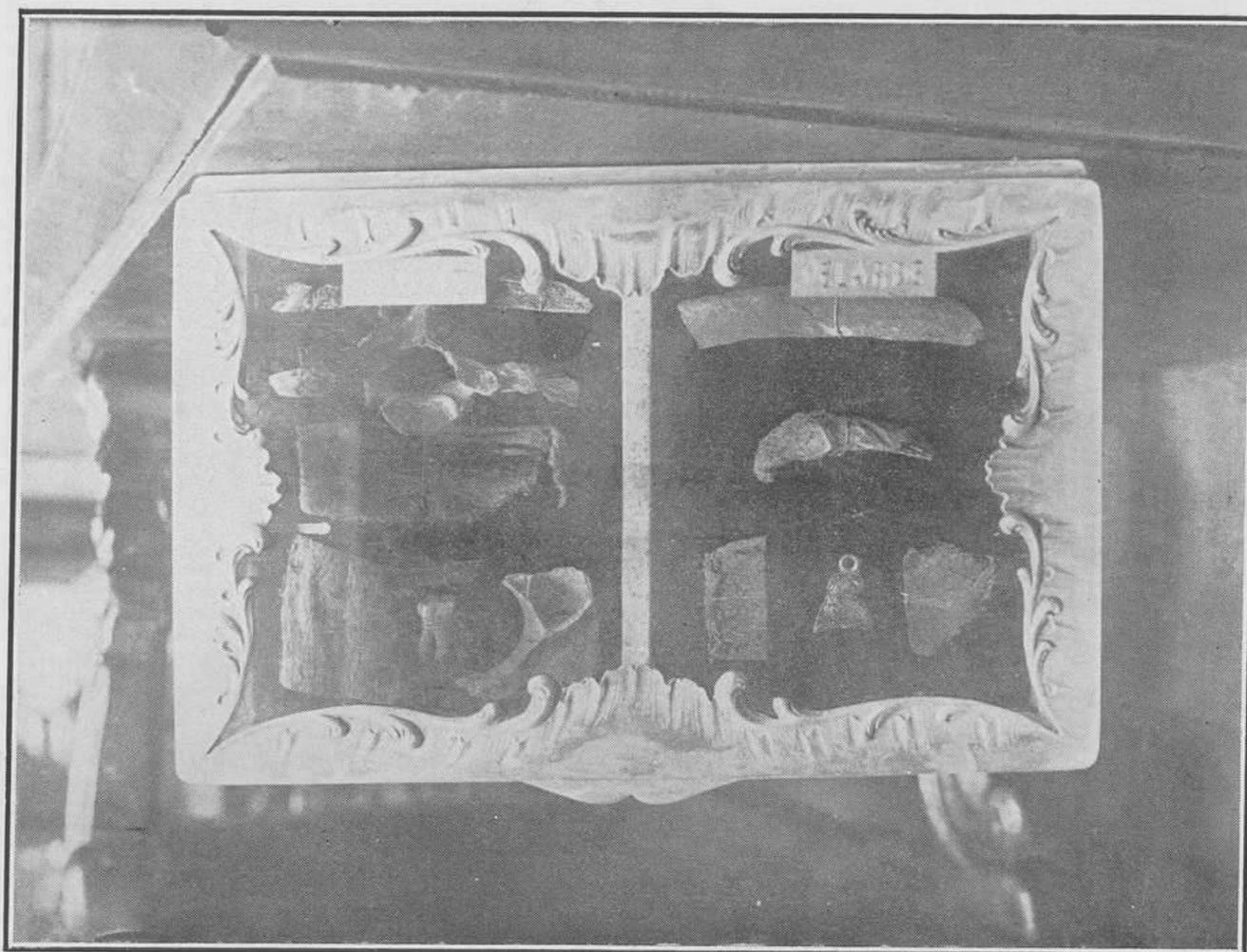
CAJA DE PLATA Y CRISTAL

Que se guarda en el Museo
del
Ayuntamiento de Santander.

El departamento de la derecha contiene reliquias gloriosas de Velarde, encontradas en su sepultura.

El izquierdo guarda restos de Daoíz.

(Única fotografía que se ha permitido tomar de estas reliquias, especialmente para esta Revista.)



Reliquias de Velarde

Tudanca, cuya heroica vida está esperando la pluma que trace sus grandes servicios a la Patria; del Teniente General don Ramón de Castañeda, héroe también en las guerras civiles, donde alcanzó el título de Conde de Udalla; del Mariscal de Campo, don Benigno de la Vega Inclán, cuyo heroísmo en Talavera, Alba de Tormes, Medina del Campo, Vitoria y Albuera fué recompensado con 4 cruces de San Fernando, una de ellas laureada y a quien San Vicente de la Barquera le tiene por uno de sus hijos más ilustres; del Brigadier don Joaquín Cos-Gayón, de Cabezón de la Sal, soldado de recias virtudes militares y de tan altos hechos de armas que hace pensar su figura en la de los grandes capitanes de Carlos V.; y del general reinosano don Juan Mantilla de los Ríos, actor principalísimo del levantamiento glorioso de Asturias, en cuya Universidad de Oviedo adiestró a los estudiantes en las prácticas militares. Con estos ilustres guerreros montañeses deben también figurar el Teniente General don Isidoro de Hoyos Rubin de Celis; don Carlos Tolrá

don Juan Manuel de Quevedo y Alvarado, Teniente-Coronel de Húsares de Granada; el carredano don Casimiro Pérez de Soñanes y Díaz de Arce; don Pedro Manuel de Velarde, capitán general que fué de la Milicia-Cántabra al pronunciarse Santander en 1808; su hijo don Emeterio, que halló muerte gloriosa en la batalla de Albuera, donde era jefe del Estado Mayor; don Pablo Manuel de Lasaga, de Ramales, Coronel cuyo heroísmo reconocieron los franceses dedicándole una lápida en su sepulcro; y, finalmente, don Leoncio de la Bárcena, Coronel, natural de Mogro, cuyos méritos proclamaron las Cortes en 1837 al conceder a sus descendientes una pensión vitalicia.

Los marinos cántabros sin cuyos hechos no puede escribirse la historia montañesa, grabaron de nuevo en los anales patrios una página inmarcesible de su heroísmo secular. Cantabria ostenta orgullosa los nombres de tan altos varones: Jado y Cagigal, de Hoznayo; Montes Caloca, de Polaciones;

Gómez de Barreda; Villacarriedo; Bustamante y Guerra, de Ontaneda; Sierra y Donesteve, de Guarnizo; don Melitón Pérez de Camino, castreño; Ibáñez de Corvera y Escalante, de Lueña. Solo enumeramos en esta lista los nombres de los marinos montañeses que alcanzaron la categoría de generales en la Armada; los de grados inferiores que tomaron parte en la guerra de la Independencia, haría interminable esta relación.

No solo marinos y militares montañeses sirvieron a la patria en la épica resurrección del alma española. Hombres que nada tenían de común con la carrera de las armas, inflamados en ardor patriótico al contemplar la ruina y desolación de la vida nacional ante el empuje gigantesco de las fuerzas napoleónicas, no vacilaron en abandonar sus aficiones y quehaceres para servir con su espada de caballeros a la patria en peligro. De éstos fueron, por no citar más que a los que alcanzaron gloria y renombre en sus profesiones, el famoso doctor Argumosa, orgullo de la Cirujía española, sanitario en los

Ejércitos del Norte, donde empezó a brillar por su ciencia y por su valor y don Félix de la Cavada, del valle de Buelna, tan famoso literato como aguerrido militar en San Marcial y Tolosa. El Ateneo de Madrid le encargó su discurso de inauguración, lo que prueba sus altos merecimientos como hombre de letras. Y por la patria sufrió condenas y prisiones, el gran pintor santanderino don José Madrazo, el fundador de la estirpe genial de pintores que admira el mundo, cuando no quiso jurar ante el general Miolis en Roma, por Rey de España a José Bonaparte.

¡Que el nombre glorioso de Velarde; que las virtudes y heroismos del alma cántabra que prosiguieron su obra inmortal alumbren siempre con su ejemplo el espíritu montañés para seguir labrando en nuestra tierra, *cuna de la patria historia*, el más firme baluarte de la independencia nacional!

Roberto BASAÑEZ ARCE.

Santander, Marzo 1916.

LOS VELARDES

EN Santillana del Mar, la villa señorial y vetusta cantada y enaltecida por un prócer ingenio de este siglo, vive esculpido en piedras el recuerdo del linaje de los Velardes.

Quien atraído por el encanto del pasado, goza en la villa y gusta de admirar la remembranza de sus glorias, ve donde quiera que los ojos fije nobles blasones de los señores que fueron influyentes y poderosos en el solar del poeta de los Proverbios. En la villa silenciosa y arcaica, refugio del espíritu de los tiempos caballerescos y de la gracia audaz y aventurera del siglo XVII, fué donde tuvo asiento, entre otros linajes de mucho lustre, el esclarecido de los Velardes. El lema del gallardo blasón campea en el frontispicio de las viejas casas, junto a otros motes y divisas de los Tagle, de los Ceballos y de los Villa, bajo la pompa de los penachos de granito. Ellos hablan al viajero de los nobles caudillos, de los graves señores santiaguistas, de los abades y canónigos de la Colegiata, de los bizarros capitanes que dieron influencia a la villa, ganando altas mercedes y regias dádivas.

Entrase en Santillana cruzando el campo de Revolgo, lugar de sangrientas lides entre caballeros rivales, y a poco, en un antiguo monasterio, encuéntrase el blasón que habla de las grandezas de los Velardes. En *Costas y Montañas*, el libro de un caminante que escribió el admirado Juan García, se habla de este linaje como de los primeros de la villa. Fué fundador del monasterio el caballero Alonso Velarde, en los últimos años del siglo XVI, y representa el escudo la batalla de un guerrero contra un endriago, cerca de un castillo, en presencia de una mujer, explicando el suceso esta leyenda: *Velarde, el que la sierpe mató con la Infanta se casó*. El mismo pere-

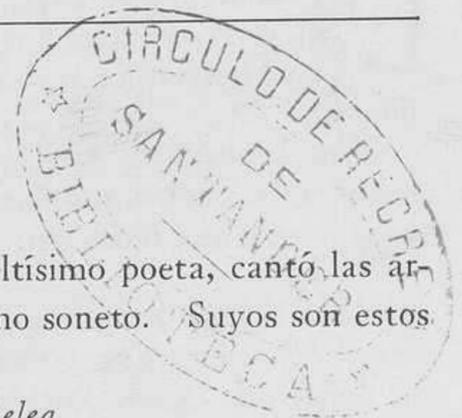
grino escritor, que fué también altísimo poeta, cantó las armas de Velarde en un inspiradísimo soneto. Suyos son estos versos:

*En la marina cántabra pelea
un caballero, y hurta regia dama
a muerte desastrosa o cruel ultraje;
y el mito obscuro, la sublime idea
mudando ideas y creciendo en fama
para en blasón de montañés linaje.*

En los estantes de la soberbia biblioteca que en la señorial Santillana poseen los marqueses de Benamejís, se guardan las historias de los linajes montañeses, principalmente de aquellos que tuvieron asiento y predominio en la villa. Son libros de hidalguía formados por el trabajo silencioso y oscuro de D. Blas de Barreda, por cuyas manos pasaron los pergaminos de muchas casas solares para formar las páginas que hoy sirven de consulta a quien busca la genealogía de muchos ilustres varones. Se sabe por estas páginas que los Velardes tuvieron asiento en Santillana del Mar por los siglos medios. D. Juan Velarde es el primero de que se hace mención en una escritura otorgada en la villa a 15 de Septiembre de 1373.

Casó D. Juan Velarde, con Doña María de los Ríos, de la ilustre y poderosa Casa de Proaño, en Campóo, descendiente de la más alta nobleza de Castilla, y de la cual fué uno de los últimos representantes aquel austero y erudito señor, D. Angel de los Ríos, cronista de la provincia de Santander, immortalizado por Pereda en un capítulo de *Peñas Arriba* y a quien yo he rendido el tributo de mi devoción escribiendo un libro que se publicará, Dios mediante, pronto.

Nació del matrimonio de D. Juan con Doña María, D.



Pedro Velarde, que sucedió a sus padres en las Casas de Velarde y Tagle, y de quien fué hijo García-Ruiz de Velarde. Extendiéndose este linaje llegó a varios pueblos de la Montaña, entre ellos Hinojedo, Castrojeriz, Igollo, Viérnoles y Muriedas.

De tan esclarecido linaje, en el solar de Muriedas, descendió el valeroso capitán don Pedro Velarde. En Santillana del Mar tiene su origen el apellido que se hizo nuevamente glorioso con la batalla del Dos de Mayo, que dió a la noble

tierra montañesa un timbre más de orgullo, grande sobre todos, porque lo circundan la aureola de la heroicidad y el nimbo del martirio.

Cuando el famoso nombre se escribió para siempre en la Historia, tenía lustre y fama, como salido de la villa que fué bizarra y caballeresca con el poeta de las Serranillas, para ser después liviana y bohemia con el picaresco Gil Blas.

Madrid, Marzo 1916.

José MOTERO.

Traslación de los restos de Daoíz y Velarde

ACTAS HISTORICAS

EL 1º de Mayo de 1840 y con gran pompa y solemnidad fueron trasladados al obelisco del Campo de la Lealtad, en Madrid, los restos de las víctimas de la inmortal epopeya.

En el museo de Artillería y extendidas en pergamino se conservan las actas que dan testimonio de la ceremonia efectuada, actas que dicen así:

“En la muy heroica villa de Madrid, a primero de Mayo de mil ochocientos cuarenta, reunidos en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad de la Victoria, sita en la Iglesia de San Isidro, el excelentísimo Ayuntamiento constitucional de la misma, presidido por el excelentísimo señor jefe político don Diego de Entrena, una Comisión del Cuerpo Nacional de Artillería, presidida por el excelentísimo señor marqués de Castellodorus, director general de esta Arma; el excelentísimo señor arzobispo electo de Toledo, protector y visitador de la Real Capilla de San Isidro, y demás señores que abajo se expresan, se procedió a la traslación de los restos de los capitanes de artillería don Luis Daoíz y don Pedro Velarde y demás víctimas sacrificadas a la independencia nacional en dos de Mayo de mil ochocientos ocho, desde las tres urnas en donde se hallaban alas tres cajas de plomo construidas para contenerlos, y ser éstas depositadas en un sarcófago colocado en el monumento del Campo de la Lealtad después de las solemnes exequias que en este día y en el siguiente habrán de celebrarse por sus almas. En su virtud, el excelentísimo señor arzobispo electo de Toledo recibió de los citados señores presidentes del Ayuntamiento y Comisión del Cuerpo de Artillería las llaves respectivas de Daoíz y Velarde y de las víctimas de Madrid; y abiertas por el mismo se trasladaron a las referidas cajas de plomo, las cerró y entregó sus llaves del modo siguiente: una de las cuatro de Daoíz y Velarde a cada uno de los señores presidentes del Ayuntamiento y Comisión del Cuerpo de Artillería, y dos al presidente del Ayuntamiento, para remitirlas éste al Senado y Congreso de Diputados, y la de la caja de Madrid al mismo señor presidente del Ayuntamiento, testificándose este suceso por medio de cinco actas relativas al mismo: una, para el Senado; otra, para el Congreso de diputados; otra, para el excelentísimo Ayuntamiento constitucional de Madrid; otra, para el Cuerpo de Artillería, y otra para el presidente de la Real Capilla de San Isidro. Con lo cual se terminó este solemne

acto firmando dichas actas los excelentísimos señores presidente e individuos del excelentísimo Ayuntamiento constitucional y Comisión del Cuerpo Nacional de Artillería, y como testigos notables los excelentísimos señores don José María Moscoso de Altamira, conde de Fontao, presidente del Senado y don Francisco Javier de Isturiz, presidente del Congreso de diputados; los excelentísimos señores don Francisco Javier Castañón, duque de Bailén, y don José de Palafox y Melci, duque de Zaragoza, capitanes generales de los ejércitos nacionales, don Juan José Bonel y Orbe, obispo de Córdoba, arzobispo electo de Granada y patriarca de las Indias; y autorizando este documento el señor secretario del excelentísimo Ayuntamiento constitucional y el notario de la Vicaría Eclesiástica que suscriben.—Diego de Entrena, jefe político.—Joaquín María de Ferrer, alcalde primero.—Fermín Caballero, alcalde segundo.—Joaquín María López, alcalde constitucional.—Francisco Estrada, alcalde constitucional.—José Portilla, alcalde constitucional.—José Demetrio Rodríguez, regidor.—El conde de los Cobos, regidor.—Pedro Ximenez de Haro, regidor.—Francisco Cano, regidor.—Diego del Río, regidor.—Francisco Ximeno, regidor.—José Gutiérrez y Gutierrez, regidor constitucional.—Eusebio Bermúdez, regidor.—Faustino de la Pesa, regidor.—Joaquín Temprado, regidor constitucional.—Antonio González Navarrete, regidor.—Antonio de Ituarte, y Alegría, regidor.—Cristóbal Marín, regidor.—Valentín Llanos, regidor.—Ezequiel Martín y Alonso, regidor.—José María Caballero, regidor.—Cándido Marcos Molina, regidor.—Rafael Almonaci y Mora, síndico.—José María de Necedal, regidor.—Antonio Tomé de Ondarreta, regidor.—Dámaso Aparicio, síndico.—Román García, síndico.—Fernando Corradi, síndico.—M. El marqués de Castellodorus, director general de Artillería.—Antonio Loriga, coronel de Artillería.—Vicente Vázquez Moscoso, coronel de Artillería.—Ignacio López Prieto, coronel de Artillería.—Juan Herrera Dávila, coronel de Artillería.—Antonio Larral, comandante de Caballería, capitán de Artillería.—Santiago Olloqui, comandante graduado capitán de Artillería.—Agustín de Sesma, comandante graduado capitán de Artillería.—El duque de Bailén, senador por Barcelona. Palafox, duque de Zaragoza, senador por Zaragoza.—Juan Josef, obispo de Córdoba.—El presidente del Senado, J^h M^a Moscoso de Altamira.—Xavier de Isturiz, presidente del Congreso de los diputados.—Pedro, arzobispo electo de Toledo.—Cipriano María Clemencín, secretario del excelentísimo Ayuntamiento

constitucional.—Como Notario Mayor de la Audiencia arzobispal, lo firmo, Segundo de la Cuerda.”

El mismo día del aniversario, 2 de Mayo, verificóse el otro acto que se consigna en el documento siguiente, que se conserva también en el Museo de artillería:

“En la muy heroica villa y corte de Madrid a dos de Mayo de mil ochocientos cuarenta, hallándose reunidos en el Campo de la Lealtad y sobre el tablado erigido junto al monumento consagrado a las víctimas de la independencia nacional el día dos de Mayo de mil ochocientos ocho, el excelentísimo Ayuntamiento Constitucional de la misma, presidido por el excelentísimo señor Jefe político, don Diego de Entrena, una Comisión del Cuerpo Nacional de Artillería, presidida por el excelentísimo señor marqués de Castellanos, Director General de esta arma, y demás señores que abajo se expresan, se colocaron en el sarcófago de piedra construido en el monumento para que se depositen en él a perpetuidad los restos de los capitanes de Artillería don Luis Daoíz y don Pedro Velarde y demás víctimas en aquel memorable día, las tres cajas de plomo que encerraban dichos restos, trasladadas a este sitio desde la Iglesia de San Isidro donde habían estado depositadas, con la pompa cívica y religiosa correspondiente, cantándose a continuación un solemne responso y quedando consignada la memoria de este suceso en cinco actas relativas al mismo, una para el Senado, otra para el Congreso de Diputados,

otra para el excelentísimo Ayuntamiento constitucional de Madrid, otra para el Cuerpo Nacional de Artillería y otra para el cura de la parroquial del Buen Retiro, con lo que se concluyó este solemne acto, firmando dichas actas los excelentísimos señores presidentes e individuos del excelentísimo Ayuntamiento constitucional y Comisión del Cuerpo Nacional de Artillería, y como testigos notables los excelentísimos señores don José María Moscoso y Altamira, conde de Fontao, presidente del Senado, y don Francisco Javier de Isturiz presidente del Congreso de diputados; los excelentísimos señores don Francisco Javier Castaños, duque de Bailén y don José de Palafox y Melcí, duque de Zaragoza, capitanes generales de los Ejércitos nacionales y don Juan José Bonel y Orbe, obispo de Córdoba, arzobispo electo de Granada y patriarca de las Indias, y autorizando este documento el señor secretario del excelentísimo Ayuntamiento constitucional y el notario de la Vicaría general castrense que suscriben.” (1).

Desde la fecha referida, el pueblo madrileño honró en cada aniversario el recuerdo de las víctimas de la Independencia española en el Campo de la Lealtad, aparte del carácter de fiesta nacional con que se conmemora en toda España el 2 de Mayo, según decreto de 1814.

(1) Siguen las mismas firmas que en la anterior, aunque no en el mismo orden, y se añade en ésta la de don Francisco X. Ferro Montaos, *alcalde tercero*; sustituyéndose la del notario del arzobispado de Toledo por la del castrense, que dice: Leandro Pulido, *notario mayor castrense*.

Cómo se dió sepultura a Velarde y Daoíz

Así describe un oficial de Artillería el fúnebre acto de dar cristiana sepultura a Velarde y Daoíz:

“Antes de anochecer se presentó en la Iglesia un desconocido y dejó un hábito de San Francisco con encargo de ponérselo a don Pedro Velarde, como se ejecutó: así quedaron los cadáveres de los inmortales héroes hasta el día siguiente, 3, en que a las siete de la tarde fueron sepultados, don Luis Daoíz debajo del arco de la capilla de Nuestra Señora de Balbanera, y don Pedro Velarde a los pies de la Iglesia en la misma bóveda inmediata a un pozo de agua dulce en el sitio llamado el Jardinillo; pero los sepultureros tuvieron la plausible previsión de colocarles encima de los demás cadáveres en sus respectivas sepulturas, por manera que quedaron los primeros, único homenaje de gratitud que en aquellos momentos de terror era posible tributar a los dos mártires de la independencia española”.



VELARDE

—Las tropas en los cuarteles,
el Rey cautivo en Bayona,
de franceses guarnecidas
la altiva tierra española,
inquieto el pueblo recela
que la perfidia alevosa
del que con nombre de amigo
atravesó el Bidasoa,
a quitarnos se prepara
después del Rey, Patria y honra
y armas pide a voz en grito,
que la fe y valor le sobran!

Así decía Velarde
del dos de Mayo en la aurora,
y Luis Daoiz, que aquel día
el Parque en Madrid custodia,
solo por deber resiste,
que la indignación le ahoga
sabiendo que los infantes
el real palacio abandonan.

De pronto se oye a lo lejos,
imponente, arrolladora
la indignación de la plebe
cual torrente que desborda
y baja al fondo del valle
saltando de roca en roca...

—¡Armas, armas! ¡Que nos venden!
¡Que al pueblo inerte destroza
la metralla! ¡Que en Palacio
la sangre española brota
a impulsos de negra infamia
con que Murat se desdora!...

Entonces con voz sentida
Velarde a su amigo exhorta,
y cede Daoiz, rompiendo
la consigna que le estorba
para defender la patria
que el extranjero deshonra.

Se organiza la defensa
del Parque, callan las bocas;
solo se mueven las manos,
los fusiles y la pólvora,
que se acerca el enemigo
y su fuerza es poderosa.

Ya llega. Gritos de muerte
lanza el cañón con voz sorda,
brotan escombros y ruinas
y el cielo de humo se entolda.

Las agudas bayonetas,
que fueron terror de Europa
retroceden humilladas
si en la navaja se enroscan
del chispero, a quien protege
la Virgen de la Paloma.

Si cae un muro, los pechos
trinchera indomable forman;
que ante el hispano heroísmo
hasta las armas se embotan.

Por fin el francés queriendo
terminar a toda costa
manda sin cesar columnas
contra las tapias ruinosas
y vence... a muertos y heridos
con sus aguerridas tropas.

Velarde luchar aún quiere,
mas sufre muerte traidora;
Daoiz cayó como bueno,
y con saña rencorosa
los implacables franceses
al vecindario despojan.

Monteleón aterrado
gime entre luto y zozobra,
en los campos de Castilla
jaramagos y amapolas
muestran doquier los colores
de nuestra enseña gloriosa,
y allá, en la risueña playa
que el mar Cantábrico azota
se oye de Velarde el nombre
ante el rugir de las olas
que lanzan gritos de guerra
al estrellarse en las rocas.

Federico IRIARTE DE LA BANDA.
Santander, Marzo de 1916.



Defensa del Parque

(Cuadro de Sorolla).

El patriotismo de los Velardes

HEMOS titubeado en encabezar con este título las cuartillas que cortesmente nos han sido pedidas para la importante publicación LA MONTAÑA, puesto que Velarde y patriotismo, ya que aquellos pertenecen a uno de los linajes montañeses más preclaros, pueden considerarse como voces sinónimas.

La figura más saliente de la guerra de la independencia fué y es sin duda alguna aquel heroico artillero en el pequeño lugar de Muriedas venido al mundo.

Próxima a Santander se halla la casa solariega del mártir insigne que sacrificó su vida en aras del más ferviente patriotismo, y cuya gloriosa muerte fué la señal del alzamiento de España entera contra la invasión que llevó a cabo el hombre más ambicioso de su siglo.

¡Muriedas, pobre y humilde lugar a quien cabe la gloria de ser la cuna de don Pedro Velarde y Santiyán, símbolo de la independencia española, a donde acudir debiéramos los montañeses y sobre todo los santanderinos, para al visitarte anualmente el día 2 de Mayo, rendir un tributo de admiración a una de nuestras glorias más legítimas y respirar por espacio de unas horas ante el solar de Velarde ambiente de patriotismo!

El primitivo asiento del ilustre linaje de los Velardes, estuvo en Santillana del Mar, la histórica y señorial villa a la que la famosa colegiata y la tan traída como llevada cueva prehistórica de Altamira han hecho célebre.

En documentos del año 1373 aparece citado un don Juan Velarde, vecino de la citada villa, que contrajo matrimonio con doña María de los Ríos, de la ilustre casa de Proaño. Nació de este matrimonio el primer don Pedro Velarde que figura en el linaje que a su vez tuvo por hijo a Garci Ruiz Velarde.

El primero que ejerció en España el cargo de presidente del Consejo de Cruzada y Suprema Inquisición fué don Pedro Velarde y Villa, que tuvo un hermano llamado don Rodrigo, siendo ambos los fundadores de las casas conocidas en Santillana con las denominaciones de *Torres de Alcas* y *del Cantón*, las cuales constituyeron las dos ramas principales del linaje.

En el año 1688 contrajeron matrimonio don Ati Nicolás Velarde y Ceballos y doña Jacinta Velarde de la Torre, cuartos nietos de don Pedro y de don Rodrigo respectivamente, y merced a este enlace hubieron de unirse ambas ramas.

Hubo de extenderse el linaje con el tiempo, y los Velardes tuvieron casas solariegas en Muriedas, Igollo, Hinojedo, Viérnoles y otros puntos.

En las famosas guerras de Flandes se distinguió por su temeridad e inteligencia don Juan de Velarde y Torre, natural de Santillana, capitán de caballos.

Durante el reinado de Felipe IV conquistó fama en las campañas de Portugal y Cataluña el valiente militar montañés don Diego de Velarde, caballero del Hábito de Santiago, y que llegó a ser teniente general de la artillería de las Cuatro Villas de la Costa.

Y la brevedad nos hace presentar la figura más saliente del linaje, o sea la del héroe del 2 de Mayo de 1808, don Pedro Velarde y Santiyán nació en Muriedas el 25 de Octubre de 1779.

Cuando Velarde se lanzó resueltamente a combatir contra los franceses, es indudable sabía ya de antemano que sacrificaba su vida, pero no cabe duda que también presintió que su muerte había de producir la descarga que electrizando a España entera la había de dar la energía y los alientos necesarios para defender su independencia.

El patriotismo de Velarde se exaltó cuando el 21 de Marzo

de 1808 se hizo entrega, con gran pompa, al célebre Murat, de la espada que el rey de los franceses Francisco I rindiera en la batalla de Pavia. Dícese que el héroe en aquella ocasión llegó a reunir gente con intención de que la histórica espada conservada desde el año 1525 en la Armería Real no saliese de España.

Velarde fué muerto por un pistoletazo que por la espalda hubo de dispararle un oficial polaco, en el preciso momento en que, sin preocuparse de sí mismo, ensalzaba el valor de los que junto a él peleaban.

Cuando don José Antonio Velarde, padre del héroe recibió la noticia de la gloriosa muerte de su hijo, exclamó:

—*Yo he perdido un hijo, pero España ha perdido a Velarde.*

Y el 2 de Mayo de 1809, o sea el primer aniversario del memorable día fué conmemorado por don José Antonio en Muriedas con una fiesta taurina, para cuyo fin trajo de Madrid toreros y ganado.

¡El patriotismo se impuso al dolor de padre, fortaleza de espíritu verdaderamente espartana!

Durante la guerra de independencia hubo de distinguirse otro don Pedro Velarde, nacido el año 1780 en Camargo.

Hizo sus estudios de cánones hasta obtener la investidura de doctor, en la Universidad de Osuna, y los de leyes en Oviedo. Desempeñó una cátedra en Osuna y ejerció la abogacía en Madrid, donde formó parte de la Real Academia de Derecho Patrio.

En 1808 comenzó a servir como valiente militar, asistiendo a todas las acciones que tuvieron lugar dentro de la provincia de Santander y a las batallas de Vitoria, Bayona y las dos Tolosas, llegando a obtener el empleo de coronel.

Dejó el servicio activo en 1814 y fué nombrado canónigo de la catedral de Burgos.

Cuando la ciudad de Santander se sublevó en 1808 contra las huestes invasoras, fué nombrado capitán general del ejército cántabro don Juan Manuel Velarde, quien valientemente trató de oponerse en Lantueno al avance del ejército francés mandado por el general Werle.

Las fuerzas mandadas por el general Velarde, que el día 30 de Mayo salieron con dirección a Reinosa, se componían de 5.000 hombres.

D. Emeterio Velarde, hijo de don Juan Manuel, fué con 2.500 hombres al Escudo, donde al primer encuentro rechazó al ejército francés mandado por el general Ducós, que desde Burgos venía avanzando hacia Santander.

En la célebre batalla de Albuera, Badajoz, que tuvo lugar en el mes de Abril de 1811, y fué una de las más sangrientas de la guerra de la independencia, demostrando en ella el ejército español tal heroísmo que mereció la admiración de toda Europa y el ser felicitado por el Parlamento inglés, murió gloriosamente sobre el campo de batalla el ilustre militar don Emeterio Velarde, nacido en la ciudad de Santander.

Herido de gravedad, el que tan valientemente rechazase en el Puerto del Escudo al general Ducós, momentos antes de expirar hubo de preguntar con interés por el resultado de la reñida batalla y al saber que este era favorable a los españoles dijo con patriótico arranque:

—*Nada importa que yo muera si ganamos la batalla.*

El 3 de Noviembre de 1827 nació en Muriedas un ilustre general que durante su vida demostró una vez más que el amor patrio y el heroísmo era algo innato en los Velardes. D. Clemente Velarde y González, que así se llamó el valiente e infortunado general hubo de distinguirse en la gloriosa campaña de Africa en 1860, sobre todo en los combates de Tetuán,

En 1866, siendo teniente coronel del regimiento de artillería sublevado en el cuartel de San Gil, de Madrid, dió pruebas de extraordinario valor al sofocar aquella sublevación; pero veinte años más tarde sublevada la fuerza del mismo cuartel fué traidoramente asesinado al tratar de reducir a la obediencia a aquellos soldados.

En 1895 falleció en su hermosa finca de Peña-Castillo, Santander, otro Velarde ilustre: el general don José García Velarde, que prestó grandes servicios a la capital cuando el general Calonge, en septiembre de 1868, puso sitio a Santander.

También cuando durante la última guerra civil los carlistas pretendieron sorprender a la ciudad, el general Velarde se puso al frente de los voluntarios, levantó el espíritu del vecindario y haciendo creer a los facciosos en la llegada de re-

fuerzos imaginarios, les hizo desistir de sus propósitos.

Podríamos seguir citando los hechos de otros Velardes que ilustraron sus nombres en la noble carrera de las armas, entre ellos al general patriota que en Reinosa capitaneó a los voluntarios cántabros y que murió sobre el campo de batalla siendo coronel del regimiento de Extremadura; al mariscal de campo don Francisco Velarde, que tan hermosa prueba de patriotismo dió en Santander el año 1843, y al coronel, hijo ilustre de Viérnoles, que tan generosamente hubo de derramar su sangre en la sacrosanta defensa de la patria; pero la finalidad de nuestro trabajo está cumplida: Velarde y patriotismo palabras sinónimas parecen.

Antonio DEL CAMPO ECHEVARRIA.

Santander, Marzo de 1916.

La farsa de la capitulación

EL soberbio Murat, duque de Berg, estallaba de ira como consecuencia de lo ocurrido con los valientes defensores del Parque viejo de Artillería. Y para cumplir las promesas de paz poco antes hechas, mandó publicar la siguiente:

“ORDEN DEL DIA

Soldados: la población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada, clama por la venganza. En su consecuencia, mando la siguiente:

Artículo 1º El general Grauchi convocará esta noche la Comisión militar.

Art. 2º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

Art. 3º La Junta de Estado va a hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes después de la ejecución de esta orden se hallaren armados o conservasen armas sin una permisión especial, serán arcabuceados.

Art. 4º Todo lugar en que sea asesinado un francés, será quemado.

Art. 5º Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

Art. 6º Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

Art. 7º Los autores y distribuidores de libelos, impresos o manuscritos, provocando a la sedición, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid a 2 de mayo de 1808.—*Joachin*.—Por mandato de S. A. I. y R.: El jefe del Estado mayor general, *Belliard*”.

Y ahora dejemos hablar al historiador don Braulio A. Ramírez, quien relata las consecuencias de esa orden del día en los siguientes términos:

“Las tropas francesas, atendiendo más a las instrucciones de sus jefes que a los límites de tan sanguinario documento, empezaron a prender a cuantos tenían la desdicha de ser descubiertos por sus ávidos ojos.

En un principio eran llevados al suplicio los paisanos a quienes encontraban una navaja, un cortaplumas o instrumentos de cirugía, no perdonando ni aún a la inocente niña que llevase unas tijeras destinadas para las labores de su sexo; y cuando ya el número de los desgraciados que encontraban así no daban abasto a su rabiosa sed de sangre, hacían prisioneros a todos indistintamente, para que pocos instantes después fuesen arcabuceados.

En la Puerta del Sol y en la Iglesia de la Soledad se sacrificaron con impía fiera multitud de víctimas; pero el mayor número pereció en el Prado y en el Retiro, porque allí eran conducidos los infelices, que, sin preguntarles su nombre ni más ley que el capricho, eran sentenciados por la Comisión militar establecida en Correos. Sacerdotes, ancianos, jóvenes y pasajeros eran conducidos atados de dos en dos al ignorado suplicio, del que por casualidad se salvaba alguno que tenía la suerte de ser conocido por su alojado, o que por hablar el idioma francés lograba excitar la compasión del soldado menos inhumano.

Reunidos en pelotón multitud de sentenciados, una descarga de fusilería ahogaba sus últimos gritos, dejando a unos despedazados y otros revolcándose en su propia sangre, iban a lanzar su postrer suspiro debajo de la tierra, porque era preciso despejar el suplicio para sacrificar las nuevas víctimas entregadas a la implacable saña de los verdugos”.

TIEMPO PERDIDO

Aquella tarde de Marzo, se encontraron Velarde y La Riboisière en la calle de San José.

El edecán, al ver a Velarde, dejó asomar a sus labios una sonrisa.

—*Bon soir*—capitán, le dijo.

Don Pedro, poco amigo de los franceses desde que vió la conducta de Napoleón con España, respondió desabrido:

—No me habléis en gabacho, que suena aquí mal esa lengua.

La Riboisière, gran diplomático cuando le tenía cuenta, no se dió por ofendido, sino que sonrió angélicamente y pasando su brazo derecho sobre el hombro del artillero español, le indicó:

—¿Vendréis esta noche a casa de Murat?

Velarde se quedó pensativo un momento. Luego miró al correveidile de alto en bajo y, fríamente,

—Iré—contestóle.

Ya estaba la cena por su fin, cuando La Riboisière, todo lo más recatadamente que le fué posible, manifestó a don Pe-

dro que Murat deseaba hablarle a solas, después del festín, en sus habitaciones.

Velarde vió tendido un lazo para hacerle caer en tentación y miró al francés con dureza a los ojos.

—Decidle a vuestro señor que perderá un tiempo precioso esperándome, porque no he de ir. Yo, con los franceses, sólo hablo a la luz del sol y donde todo el mundo me vea. A escondidas, y en secreto, no lo hacen más que los que tratan de comprar conciencias y los que piensan darlas a buen precio.

—*O, monsieur Velarde...*

—No me habléis en gabacho, que suena aquí demasiado bien esa lengua.

Y ante el mirar sorprendido de los comensales, que no habían oído más que el run-run de la conversación, el capitán español se alzó de la mesa y salió de casa de Murat altivo y grave, como hombre cuyas convicciones han triunfado del peligro.

Poco tiempo después, Velarde, murió como un valiente de cara a las huestes de Murat, junto a la boca humeante de un cañón con el que había enseñado al extranjero de qué forma se defendía la independencia de la Patria.

Ezequiel CUEVAS.

17-3-1916.

Improvisación

DELANTE DEL MONUMENTO
DEL DOS DE MAYO

Ayes de amor con lágrimas de ira
lanza mi corazón, cuando contemplo
vuelta en altar vuestra mortuoria pira,
vuestro sepulcro transformado en templo.

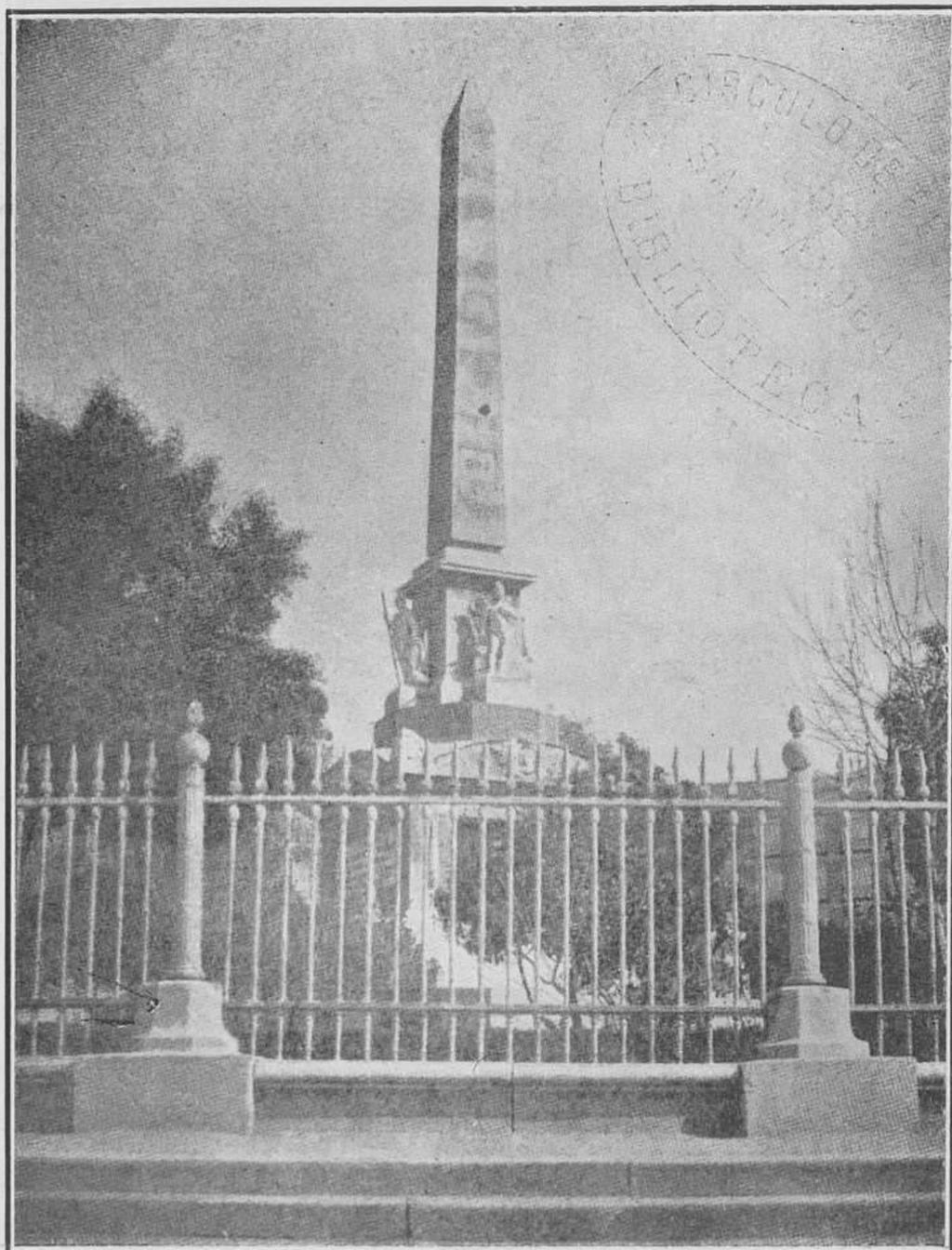
¡Cuánta veneración el alma inspira,
manes sagrados, vuestro ilustre ejemplo!
¡Salve! Tres veces salve a la memoria
de tanta lealtad y tanta gloria!

Víctimas del honor sacrificadas
del acero invasor al cruento filo,
sobre el polvo do fuisteis inmoladas
España os alza panteón tranquilo.

Sin venganza yacéis, mas no olvidadas;
vuestra memoria al recibir asilo
en sus pechos dejó a los castellanos
ira en el corazón, hierro en las manos.

José ZORRILLA.

Madrid, Abril 22, 1849



Obelisco del 2 de Mayo en Madrid

VELARDE

Nada del tiempo en el espacio basta
a extinguir los fulgores de la gloria:
si un lapso grande sus recuerdos gasta,
perennes viven en la madre Historia.
Con letras de oro cuidadosa engasta
de sus preclaros hijos la memoria,
que destellan, como ínclitos blasones,
en la vida sin fin de las naciones.

Así del astro, que del cosmos rueda
por las inmensas órbitas lejano,
la viva lumbre, titilando leda,
el éter cruza hasta el planeta humano;
y en el foco de luz que al sol remeda,
por la distancia astral fulgor lejano,
ve la mente, al través de aquel sosiego,
hondos mares de luz, ríos de fuego.

Tal de los hechos de la lid armada
la pálida memoria se presenta
cuando en pos ya de séptuple decada
de nuevas gentes el sentir alienta;
pero en la misma voz debilitada
que en alba gloria de la patria cuenta,
palpitan con vigor, a un tiempo mismo,
la fe, la abnegación, el heroísmo.

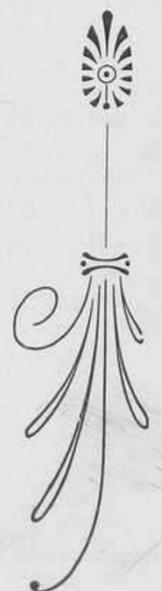
Catorce lustros, que en la edad moderna
tupido manto tejen del olvido,
al eco triste de la lucha interna,
nos apartan del hecho esclarecido;
pero la luz del patriotismo, eterna
en el altar de un pecho bien nacido,
del dos de Mayo al alumbrar la palma,
de noble admiración inunda el alma.

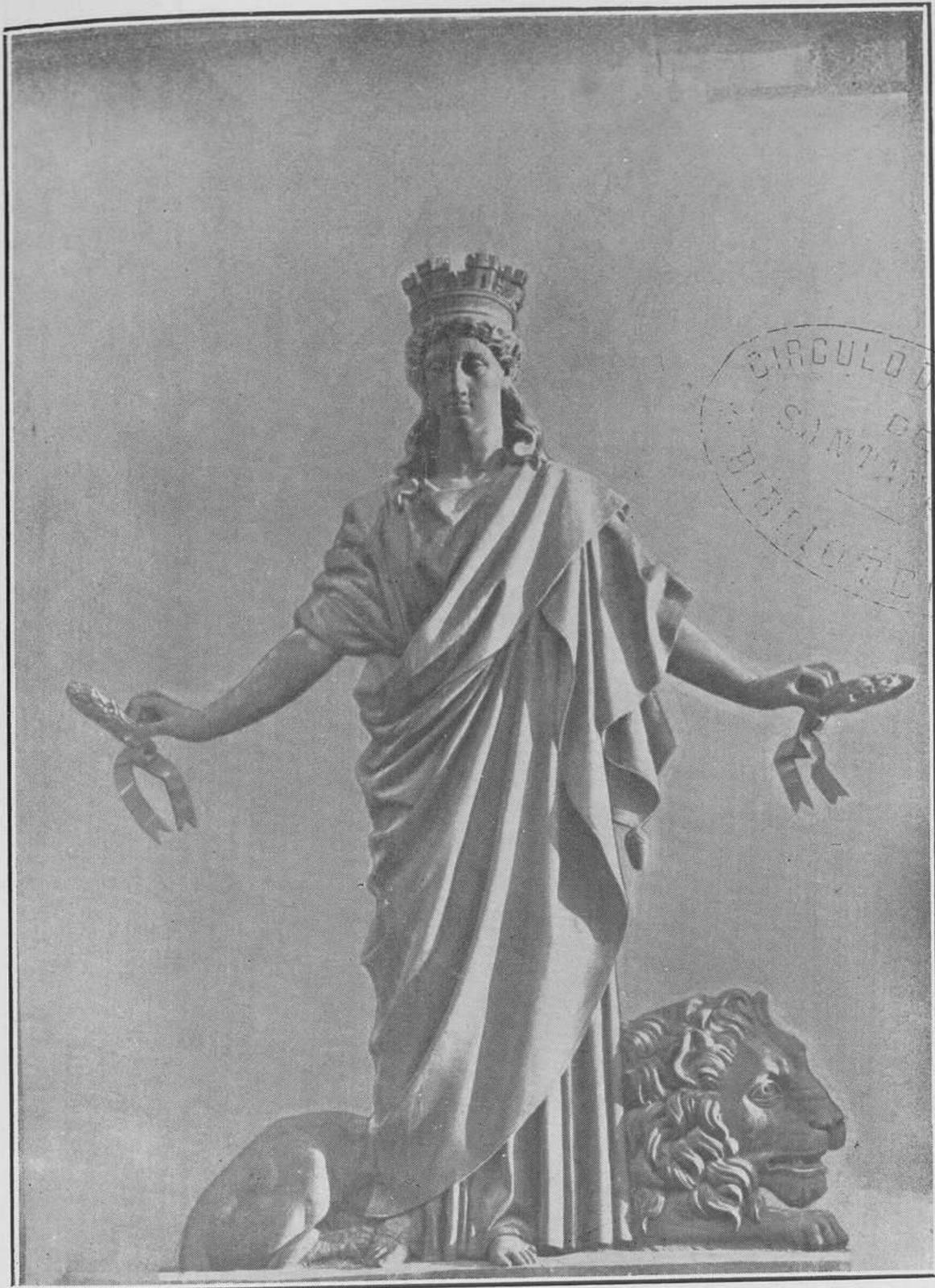


LA FAMA.—Bajo relieve que decora el pedestal
de la estatua de Velarde

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

Sólo un joven soldado, sin guerreros,
sin el prestigio de alta jerarquía,
valiente arrostra los soldados fieros,
del Sur y el Septentrión dueños un día.
Del honor a los móviles severos,
de la Patria el amor sólo por guía,
débil pigmeo mídense arrogante
con las fuerzas hercúleas de un gigante.





LA PATRIA CORONANDO AL HEROE.—Bajo relieve que adorna uno de los frentes del pedestal de la estatua de Velarde

(Fot. tomada especialmente para esta Revista).

Europa entera, en pertinaces lides
con el coloso bélico empeñada,
menosprecia los áulicos ardides
por el valor de Iberia entusiasmada.
Del pueblo de Pelayos y de Cides
quiere noble seguir la senda honrada;
y a su influjo exaltado su ardimiento
en triunfo cambia el torpe vencimiento.

Las naciones en paz, de asombro llenas,
parias nos rinden por la insigne hazaña,
al ver que nunca sumirá en cadenas
a un pueblo bravo voluntad extraña.
De antiguas glorias el fulgor apenas
rival se juzga de la prez de España,
que inunda en rayos de glorioso alarde
al pueblo humilde en que nació Velarde.

Oyó Muriedas su primer acento;
su hazaña Santander hoy galardona,
y forman del honroso monumento
guerrero bronce de gentil persona,
bruñida roca el formidable asiento.
De torpe saña el hálito no encona
leal sentir de altísimo linaje,
que rinde a la virtud justo homenaje.

Del mar bravío el saturado ambiente,
que bañó los cendales de tu cuna,
también orea tu broncea frente
del sol el rayo y al rielar la luna.
Que en torno lean de tu mole ingente
las futuras edades una a una
que fué tu pecho de la Patria templo,
y al pueblo sirva de preciado ejemplo.

Adolfo DE LA FUENTE.

Santander, 1880.

En pos le sigue un pueblo desarmado
que en confuso tropel clama venganza,
por arma matadora el brazo airado
que opone fiero a la traidora lanza.
El pecho sin abrigo adelantado,
en busca de la muerte altivo avanza;
y ante el ímpetu rudo de Castilla
el águila imperial la frente humilla.



Defensa del Parque.

(Cuadro de Castellano.)

Patria y región

LA SEÑAL DE ALARMA

LA épica figura de Velarde, ya inmortalizada por liras, pinceles y buriles, será siempre una prueba de cómo en el solar montañés—donde tanto arraigara en toda época el amor a la patria chica—se siente el amor a la madre Patria.

Somos regionalistas los montañeses; y, ¡ay de nosotros si dejáramos de serlo!; pero en españolísimos corazones nunca fructificó la semilla odiosa del separatismo. Soñamos una región grande, bella y fuerte que a España pueda llenar de orgullo y de provecho. Aún lejos de la Montaña, en el fragor de Madrid, al anhelar triunfos, lo hacemos con el pensamiento puesto en la tierra santanderina.

Confieso que mientras casi todos los escritores se preocupan del éxito que sus libros alcancen en la corte, yo, desde el corazón de los Madriles—tierra donde siempre se dispensó cordial acogida a mi labor de poeta—he pensado al publicar mis tomos: “¿Gustarán mis versos en Santander?”...

Es el nuestro un regionalismo sano y fecundo, aunque un poco temerario, pues sobre todas las cosas, nos desvivimos por ser profetas en el nativo país.

Gloria a quien, como el héroe camargueño del dos de Mayo, nace con el don altísimo de simbolizar las más hermosas cualidades del alma española y de la raza montañesa.

Luis BARREDA.

Santander 18 de Marzo de 1916.

SONETO

¡Sus, a las armas! El clarín resuena
llenando el aire con su son guerrero;
y del cañón el estampido fiero
de la ciudad los ámbitos atruena.

Hesperia altiva, impávida y serena
su pecho opone al cínico extranjero;
y arrogante se encrespa el león ibero
sacudiendo la indómita melena.

De patrio amor henchido y de contento
todo español, con bélico ardimiento,
se apresta a rechazar el rudo embate...

Y con la propia enseña cobijados
el pueblo marcha al par que los soldados
a vencer o a morir en el combate.

F. BASOJA MARSELLA

RECUERDOS GLORIOSOS

Partidas de defunción de algunos de los héroes montañeses en el trágico 2 de Mayo:

D. PEDRO VELARDE Y SANTIYAN

D. Pedro Velarde de estado soltero Capitán de Artillería natural del Lug. de Muriedas (1) Valle de Camargo, Obispado de Santander, hijo legítimo de D. José de Velarde y Herrera y Dña. María Santiyán y Valdivieso, Parroquiano de esta Iglesia calle de Jacomtro, número 7. Murió en dos de Mayo de mil ochocientos ocho. Se enterró en esta Parroquial de secreto y para que conste lo firmo.—Fr. Francisco Suárez de Rivera. (Parroquia de San Martín, lib. 27 de Difuntos, fol. 321 vº).

“D. MANUEL DE VIZCAYA

de estado soltero, natural del lugar del Berón, en el Real Valle de Mena, Obispado de Santander, hijo legítimo de don Manuel de Vizcaya y de doña María Ramos de la Torre, Parroquiano de esta Iglesia Postal de Guadalaxara, Mancebo de don Felipe de la Torre, falleció en dos de Mayo de mil ochocientos ocho; no recibió sacramento alguno por haber sido su muerte violenta por lo acaecido en el tumulto de dicho día, etc.

D. Sa turnino Leal y Díaz”

(Parroquia de San Justo, fol. 221).

“MARTIN DE RIUCABADO

vecino del Valle de Hoz, obispado de Santander, casado con Joaquina de la Gándara. Su edad como de unos treinta años, trabajaba de cantero en esta Real Florida.

En cuyo dicho día doce se le hizo el oficio, y Misa de cuerpo presente, y todo lo demás correspondiente a un entierro solemne. Y por ser así lo firmo como primer teniente. Real Florida veinte y dos de Julio del referido año.

D. Julián López Navarro.”

(Parroquia de San Antonio de Padua de la Florida, lib 1º de Difuntos, fol. 8 y siguientes).

“JUAN JOSEF GRA

de unos treinta y cuatro años, de ejercicio cantero, natural del lugar de Selaya, obispado de Santander, hijo de Franco y de Victoria de Somano, que dijeron ser difuntos, casado con Manuela Mazón, sin hijos: recibió la Santa Extrema Unción; vivía en la calle de Peregrinos núm. 4; murió de bayonetazos del tumulto del día dos de Mayo de mil ochocientos ocho, a las dos de la madrugada del día tres y fué enterrado en la noche de este mismo día.

D. Juan Antonio R. Calderón.

(Parroquia de San Ginés, lib. 20 de Difuntos).

GLOSA DEL HEROISMO

LA verdad es que algunas veces nos dejamos poseer demasiado de unos emperzamientos tan raros como inexplicables. No es que no nos interesen las cosas, ni que no sintamos deseos de poseerlas, no; es, lisa y llanamente, que no nos acercamos a ellas, porque para hacerlo tendríamos que vencer un esfuerzo minúsculo, necesitaríamos mandar en nosotros mismos, y, en ocasiones, en muchas ocasiones, por desgracia, la voluntad está muy distante de nosotros. A lo mejor un mal amigo nos hace no acostarnos y a lo peor no logra hacernos madrugar una buena mujer.

Si nos empeñáramos en razonar la mayor parte de los actos de nuestra vida; si pretendiéramos buscar para cada movimiento una justificación razonada; si nos propusiéramos hallar la causa de cada efecto, en el orden sentimental, perderíamos un tiempo hermosísimo. Y si esto es así en todos los aspectos de la sensibilidad, si los sentimientos brotan siempre de un modo tan franco como inesperado, el del heroísmo acaso supere a todos en espontaneidad. Decir lo que es un héroe es un poco difícil; explicar cómo se hace el héroe es de todo punto imposible.

Para definir el proceso del heroísmo, no bastan todas las teorías filosóficas. Ni los que afirman el innatismo de las facultades humanas, ni los que sostienen que la voluntad es el único manantial de todas las energías, podrían decirnos en virtud de qué secretos sortilegios han llegado muchos espíritus pusilánimes a escalar las cimas de lo heroico. La educación del niño moldeará el cerebro del hombre, como quieren muchos pensadores; la educación podrá ser, en efecto, un medio preservativo de muchos contagios espirituales. Pero ello es que luego la vida se encarga de cambiar radicalmente

las vocaciones y de trastornar los valores éticos. Hay, pues, que pensar forzosamente que el heroísmo es una manifestación efímera y circunstancial. Hay que creer que el héroe es hijo del ambiente, que nace en un momento preciso y se desarrolla en una hora de anormalidad. El heroísmo señala el instante de una exaltación del amor propio que anula los instintos, o es, por el contrario, un minuto de sublime pureza que le hace olvidar al hombre su egolatría habitual.

Velarde pertenece, sin duda alguna, a este último grupo. Su actitud en aquel día memorable de la epopeya española, no es ciertamente la de un loco, ni la de un inconsciente, ni la de un ambicioso. Su “gesto”, el noble “gesto” lleno de claras gallardías, que le abrió las puertas eternas, acusa una plena posesión de un ideal, un exquisito sentido del deber, una alta concepción de la ciudadanía. Poned en todos los españoles estas tres virtudes y tendréis la tierra prometida.

Velarde se convierte en héroe en un momento de suprema generosidad, de supremo amor a la Patria, de suprema pureza espiritual... Y su esfuerzo se pierde con los años en la memoria de las gentes. En su propio lugar, en aquel pueblecito montañés, cubierto de paz, las nuevas generaciones van olvidándose del héroe. No hace mucho, en Muriedas, pregunté a un muchacho que me sirvió de guía hasta la casa de Velarde por la hazaña del bizarro soldado, y el pequeño se encogió de hombros. En la escuela nada le habían dicho de aquel hombre que entró en la Muerte con una aureola de grandeza en la frente y una bendita luz de santidad en el corazón...

J. BARRIO Y BRAVO.

ESCUELA DE HIDALGUÍA

EN el fondo de la bahía, destacándose la silueta esbelta sobre el tono gris de las montañas cántabras, álzase a los ojos del viajero del mar que llegare a la capital montañesa, el viejo pino legendario de los Velardes, amparando bajo su manto, de hojas siempre verdes la casa solariega.

¿Quién le plantó allí? Mano hidalga fué, según reza la leyenda, y a su sombra fueron los nobles corazones, hijos también de aquel ser que les diera la vida, aprendiendo sanas lecciones de nobleza e hidalguía; y él fuera quien les enseñara a ver agradecidos a la tierra misma donde nacieran: si ella le diera la vida, él extiende en lo alto sus hojas protectoras, que sufren el azote de las lluvias y los rayos abrumadores del sol, para que a la tierra solo lleguen bienhechoras gotas y suave calor, rayos de sol refrescados por la brisa marina que mueve sus hojas.

Así enseña el viejo pino a los hijos hidalgos de aquella

casa señorial y no fueron vanas sus enseñanzas.

Allá, andando el tiempo, cuando el águila imperial de Napoleón, quiso al remontarse en uno de sus vuelos ambiciosos llevarse en sus garras la tierra española, en uno de aquellos hijos hidalgos prendió el amor a la patria, a la tierra que le viera nacer. Y murió en la lucha, al pié del cañón, como los buenos artilleros, cumpliendo el lema de su casta: *Velarde, el que la serpiente mató*, el que cortó las garras del águila imperial de los vuelos ambiciosos. Y toda su vida se desparramó por la tierra española en la roja sangre de sus venas; y cada gota de aquella sangre que al caer se llevaba parte de su vida, era como una vida entera, porque era sangre de héroes, que, como la sangre de mártires, y la sangre de Cristo, al caer sobre la tierra y sobre las almas, tierra y almas quedan redimidas.

Santiago DE LA ESCALERA.

Santander, Marzo 1916.

Hoja de servicios de Velarde

Dice así:

Departamento de Segovia. Real Cuerpo de Artillería.—*Don Pedro Velarde y Santiyán*, capitán 2º.—Empezó a servir en 16 de Octubre de 1793, de cadete, en la Compañía del Colegio de Segovia, habiéndole desempeñado cuatro años, tres meses y once días.

En 27 de Enero de 1798, de Brigadier de la expresada Compañía, once meses y catorce días.

En 11 de Enero de 1799, de Subteniente en el 5º y 3º Batallón, tres años seis meses y un día.

En 12 de Julio de 1802, de Teniente del 4º Regimiento, un año, ocho meses y veinticinco días.

En 6 de Abril de 1802, de Capitán 2º del 5º Regimiento, dos años, seis meses y veinticuatro días.

En 1º de Agosto de 1804, de Profesor de la Academia de Cadetes, hasta fin de Julio de 1806, dos años.

En 1º de Agosto de 1806, de Secretario de la Junta Superior, cuatro meses.

Total hasta fin de Diciembre de 1806, quince años, seis meses y catorce días.

Ejércitos y Cuerpos donde ha servido.

En el ejército de Castilla la Vieja; en el acantonado de Badajoz; en los de Extremadura y Castilla contra Portugal en 1801, y en el del reino de Galicia.

Lo ha justificado.—Pedro de Elocueta.

Pedro Velarde.—En 2 de Mayo murió gloriosamente, defendiendo la libertad del Rey y de la Patria.

Informes.—Conducta, buena.—Valor, no experimentado.—Capacidad, la tiene.—Aplicación, idem.—Teórica, ha explicado matemáticas.—Práctica, alguna.—Inteligencia en tropa, idem.—Disposición personal, buena.—Salud, buena.—Calidad, ha sido Caballero cadete.—Edad, veintisiete años, dos meses y diez días.—Patria, Valle de Camargo, Obispado de Santander.—Estado, soltero.—Es a propósito, tiene las mejores disposiciones y desempeñará las comisiones del cuerpo.—Miguel Ceballos.

NUESTRO HOMENAJE

LA MONTAÑA ha rendido a Velarde este modesto homenaje como admiración a la gloria del inmortal héroe, digno de ser imitado en todo tiempo por los españoles.

La Dirección y Redacción de esta revista han dejado el campo a los ilustres escritores y poetas montañeses que, con una solicitud que nunca agradeceremos bastante aceptaron nuestra invitación para colaborar en este número extraordinario de LA MONTAÑA, y como excepción damos cabida en estas páginas a la improvisación de Zorrilla ante el monumento del Dos de Mayo en Madrid, al soneto de "Juan García" ante la estatua de Velarde, en Santander, a la soberbia composición de aquel gran poeta nuestro que se llamó don Adolfo de la Fuente y al soneto vibrante, inspiradísimo y patriótico de Basoa y Marsella, querido compañero que semanalmente honra esta revista con sus leídas producciones poéticas.

Fuera de estos autores, muertos los tres primeros, pero poco conocidos sus versos a propósito de Velarde, y de la segunda parte de la biografía de Pereda publicada en 1877 por el célebre novelista, todo lo demás que aquí aparece débese a plumas montañesas que brillan hoy no solo en la literatura regional sino en la española. No tenemos para qué decir quiénes son los colaboradores de este número y el puesto que ocupan en las letras patrias. Nuestros lectores los conocen de antiguo y conocen también sus prestigios y renombre. A nosotros nos basta con tributarles nuevamente nuestra gratitud, porque gracias a la simpatía con que ven esta revista hemos podido reunir en ella tan gran número de firmas acreditadas, como quizá no hayan aparecido nunca juntas en ninguna publicación montañesa.

El Centenario de Velarde no se celebró por la España oficial como debió haberse celebrado. Diríase que las fechas inmortales de la Patria y las glorias que para ésta conquistaron sus héroes van perdiendo interés, como si en este siglo de claudicaciones y traiciones y venta de conciencias no dijeran nada las páginas que se escribieron con sangre en el libro de la Historia y sirvieron como la del Dos de Mayo, para afianzar sobre el heroísmo de un pueblo la independencia nacional.

La Montaña no fué indiferente a la celebración del Centenario. Santander tributó al héroe culto hermoso y la capital de la Montaña ardió en fiestas en honor del soldado esclarecido que merced a su rasgo genial de indisciplina echó los cimientos de una España libre que había de perpetuar luego llena de júbilo y admiración su venerada memoria. Han pasado ocho años del Centenario, y como entendemos que estas fechas memorables deben grabarse siempre en el alma de los españoles para que el patriotismo no decaiga, que sólo así, con fe y energía y entusiasmo y siguiendo el ejemplo de sus más valerosos hijos podrá ser España grande, LA MONTAÑA, por tratarse de Velarde, ofrece este número a sus lectores sin reparar en sacrificio alguno, como ofrecerá otros conmemorando también hechos históricos de la tierra, procurando mantener siempre vivo el patriotismo de los montañeses y el culto a nuestros héroes, que es lo menos que debemos hacer como periodistas conterráneos del gran Velarde.

No olvidemos jamás las glorias patrias y elevémosles un altar en nuestros corazones, ya que supieron darnos ejemplo de valor y abnegación despreciando la vida para ceñirse el laurel que conduce a la inmortalidad...

TODOS LOS PRECIOS INCLUYEN COMIDA Y CAMAROTE

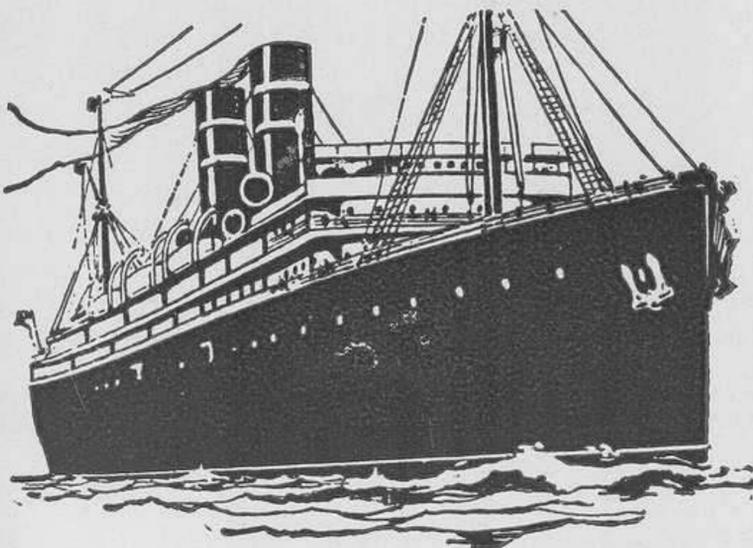
SERVICIO EXPRESO

SALEN DE LA HABANA A NEW YORK TODOS LOS SABADOS Y MARTES

TARIFA DE PASAJE:

PRIMERA CLASE	INTERMEDIA	SEGUNDA
\$40.00 <u>HASTA</u> \$50.00	\$28.00	\$17.00

COMBINACION EN NEW YORK PARA TODAS PARTES DE LOS ESTADOS UNIDOS Y CANADA



LINEA
de
WARD

\$55.00 PRIMERA - CLASE -

Desde Santiago, Antilla, Manzanillo, Bayamo, Omapa, Ciego de Avila, Tunas, Holguín, Camaguey y Cienfuegos, hasta NEW YORK.

\$91.15 PRIMERA - CLASE -

Viaje desde la Habana a New York y regreso, vía New Orleans ó vice-versa.

La Ruta Preferida

\$60.00	PRIMERA - CLASE -	Desde la Habana a New York y New Orleans a Habana, ó vice-versa.
---------	-------------------	--

SERVICIO A MEJICO

Los vapores salen de la Habana cada Lunes para Progreso, :: :: Veracruz, y cada otro Lunes para Tampico. :: ::

SE DESPACHAN BOLETOS A TODAS PARTES DE EUROPA Y AMERICA DEL SUR

DEPARTAMENTO DE PASAJES:
PRADO No. 118

W. H. SMITH,
AGENTE GENERAL,
OFICIOS 24-26.

CERVECERIAS

"LA TROPICAL Y TIVOLI"

CERVEZA
CLARA
Tivoli
EL MEJOR
REFRESCO



DEME
MEDIA
TIVOLI

DE VENTA
EN TODAS
PARTES

Gutierrez

Cerveza
CLARA
LA TROPICAL
REINA
DE LAS
CERVEZAS



Deme
media
TROPICAL

De Venta
en todas
partes

Gutierrez

Maltina
TIVOLI
EL MEJOR
TONICO



RECONSTITUYENTE
INMEJORABLE
PARA
CRIANDERAS
Y
NIÑOS

PEDIDOS
TEL. { I 1038
I 1041

Gutierrez

OFICINA Y ADMINISTRACION
CALZADA DE PALATINO